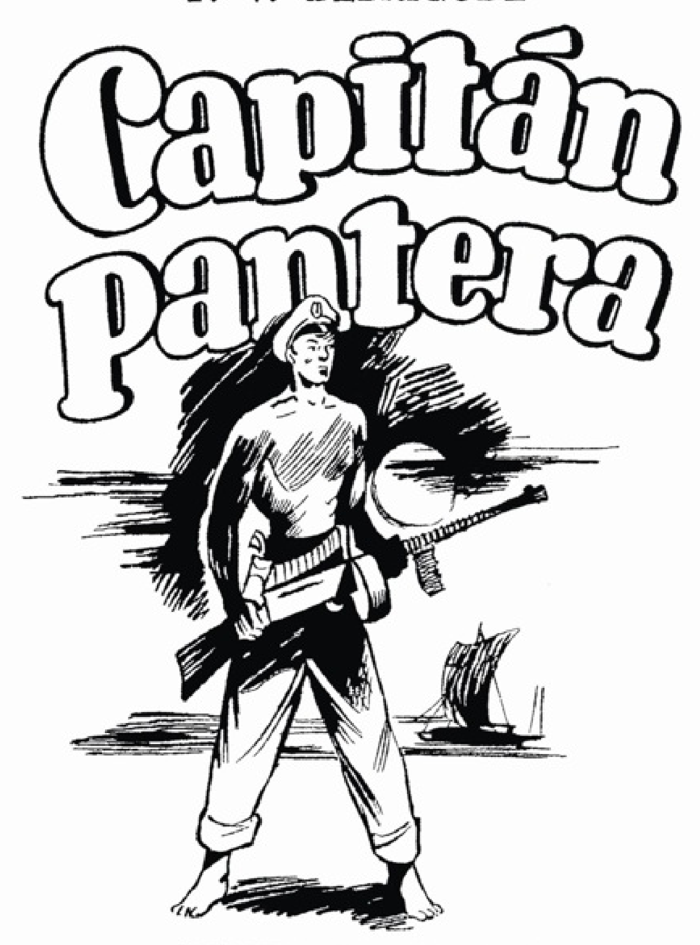

CAPITAN
Pantera
3
PTAS
LA LEY DEL HAMPA

P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona



Por P. V. DEBRIGODE

CAPÍTULO PRIMERO

LA LEY DE LOS SIN LEY

La eslava sorbía melancólicamente un cóctel de «vodka», balanceando con indolencia una de sus esbeltas piernas, cruzadas.

Sentada en uno de los altos taburetes de la barra del «Batik», Sandra Vronin cumplía el único acto diario que era metódico en su desordenada existencia azarosa.

Era ya un rito para la eslava encaramarse hacia las siete de la tarde en uno de los taburetes de la barra del «Batik» y apurar lenta y melancólicamente varias mezclas de licores hasta cerca de las ocho.

Entonces abandonaba su misteriosa ensoñación, y por vez primera se dignaba lanzar ojeadas de inspección a la concurrencia del elegante bar instalado en Bubbling Well, la más transitada de las arterias del barrio moderno.

Según algunos, la bella eslava era una aristócrata de Kiew que logró huir de la matanza.

Según otros, Sandra Vronin no era otra cosa que una aventurera de alto copete. Según los más, era un agente a sueldo de los *Soviets*.

Pero saciada la primera curiosidad de los chismosos, tras las propias deducciones y comentarios que coincidían tan sólo en estimar que era una mujer bellísima, Sandra Vronin dejó de ser un intrigante problema, porque el continuo fluir de seres de todas las características, nacionalidades y extravagancias, hacían del Shangai de 1920 la ciudad más discreta del mundo, cuya fórmula podía condensarse en: «Lo que se sabe se olvida, y lo que no se

sabe se ignora».

En el umbral del bar comunicante con el salón de té, un individuo impecablemente vestido de *smoking*, cuyo corte proclamaba ostensiblemente su procedencia de uno de los mejores sastres londinenses, de Savile Road, examinaba desde lejos a Sandra Vronin.

Al pasar un camarero por su lado, el desconocido le tocó en el brazo.

—Buenas tardes, *mister* Tresham —saludó el camarero, con cierta familiaridad—. ¿Cuánto?

—Hoy no necesito ningún préstamo, Bob. Dime, ¿quién es aquella belleza morena?

La barbilla netamente rasurada del inglés señalaba a Sandra Vronin.

—Pero ¡si es la Princesa Azul! —dijo Bob, como quien comenta una identidad universalmente conocida.

—¿La Princesa Azul?

—La llaman así a causa de su fidelidad por este color. Siempre viste de azul, aunque en cada vestido varía el matiz.

—¿Es inglesa?

—¡Oh, no! —protestó Bob con su más puro acento «cockney»—. Es rusa, y no se sabe a ciencia cierta de dónde procede ni de qué vive. No se le conoce ningún «flirt». Pero; ¿nunca la había visto, *mister* Tresham?

—No. ¿Cuál es su verdadero nombre, o al menos el que emplea para andar por Shangai?

—Sandra Vronin. Es casi inimaginable que no la conozca usted.

—No veo la razón por la cual tengo yo que conocer a Sandra Vronin.

—Primero porque es una de las personificaciones más perfectas de la belleza desdeñosa.

—De acuerdo en esta primera razón.

—Segundo, porque es muy interesante en su reserva altiva, es muy culta y muy espiritual, según dicen altos personajes de Shangai. ¿Quiere que se la presente *mister* Tresham?

—Lo haré yo mismo. Circula, Bob, que ya sobras. Un camarero no puede presentarme a Sandra Vronin, ni tomarse demasiadas confianzas conmigo.

Rieron ambos británicos suavemente, Malcolm Tresham siguió detenido en el umbral, observando más detalladamente a Sandra Vronin.

Vió un rostro delicado, algo estrecho, de pómulos salientes y exóticos en una tez dorada y pálida. Bajo la melena sombría peinada con raya al medio y cayéndole sobre los desnudos hombros, brillaban unos inmensos ojos de un intenso azul.

Unos ojos de nostalgia, turbadores por su contraste con los cabellos tan negros y la tez tan nacarada. Las cejas tenían dibujo altivo, en su perfecto arqueamiento natural, y la breve nariz recta hacía destacar los repletos labios sin carmín.

Modelaba su cuerpo un vestido de un color azul desvaído, cuyo escote cuadrado estaba adornado con una redecilla de perlas que continuaba

enmarcando la desnudez de las espaldas.

Por ser Shangai la sede de las extravagancias o también quizás porque alma eslava todo lo considera normal, Sandra Vronin no pestañeó siquiera cuando un desconocido, mudamente, besó, sin cogerla, la mano que ella tenía apoyada en la barra.

Y Malcolm Tresham, después de inclinar su alta talla, quedóse en pie junto a ella sentada.

Sandra Vronin contempló fríamente al hombre detenido junto a ella. Malcolm Tresham era de una imponente fealdad, paliada por una suprema distinción en el vestir.

Aunque tenía cuarenta y cinco años, el inglés poseía una esbeltez atlética. Pero su rostro era mefistofélico y achatado, distendido sardónicamente en una eterna sonrisa producida por la cicatriz que surcaba su piel olivácea cruzando su pómulo y ceja izquierda.

El cráneo estaba totalmente rapado.

—Verla me produce «saudade», nostalgia, desaliento. Es usted como un vivo reproche de la inutilidad de mi existencia —dijo Tresham.

Ella siguió mirándole con indiferencia, ahora por el espejo que bajo los estantes y a espaldas del *barman* permitía atisbar a la concurrencia del recoleto bar.

Sin embargo, íntimamente estaba intrigada, porque Malcolm Tresham la hablaba en ruso, casi sin desinencias extranjeras.

—Shangai… —siguió, diciendo el inglés—. La ciudad de los hombres sin escrúpulos. El antro dorado y ruidoso de cambiantes decorados multicolores, donde todos no tienen más que una meta común. Conseguir dinero como sea y de quien sea…

Sorbió ella el resto de su cóctel: El *barman* acudió solícito con otro cóctel preparado ya.

—Shangai… Centro comercial de los «Compradores», arrogantes y ávidos, vividores y" oportunistas. Luchas sombrías y ásperas en el fondo, risueñas y corteses en la forma.

Cogió ella un cigarrillo de su propia pitillera. Malcolm Tresham tendió su mechero encendido, pero ella asió la mano del *barman* que le ofrecía la llama de una cerilla.

Exhaló una bocanada de humo, sin mirar a Tresham, que en ruso y sin desconcertarse lo más mínimo, prosiguió, tras encenderse un cigarrillo que cogió de la pitillera abierta de Sandra Vronin, que reposaba sobre el mostrador.

—Shangai… La ciudad del mundo donde más abundan los bares. Sitios, como éste, donde la cristalería rutila pulcramente «made in América», y es una pulcritud que atenúa la sordidez de las reuniones de los que planean las más malvadas de las combinaciones. Permítame presentarme. Soy Malcolm Tresham, natural de Londres y habitante incansable de todos los rincones del globo.

—Su rostro patibulario me es desagradable —dijo ella, hablado por vez primera, con suave entonación.

Era una voz de timbre grave, de diapasón bajo y cálido.

—Reconozco que mi belleza reside en mi máscara de siniestra y monstruosa fealdad. Pero el hombre no es sólo un rostro. El alma excepcional de ciertos hombres tales como yo, hace olvidar su rostro. Y casi parezco un Adonis cuando susurro —y el inglés musitó—: Vengo como emisario de un hombre, que quiere obsequiarla con miles y miles de dólares en recompensa a un trabajo honesto y limpio.

Ella aumentó el arqueo de sus desdeñosas cejas.

—¿Quiere marcharse lejos de mi lado, *mister* Tresham? Su conversación es interesantísima. Habla usted a la perfección mi lengua natal. Tiene ribetes de original. Pero me repugna el verle. Váyase.

—Olvidemos nuestros sentimientos particulares, Sandra. Los miles y miles de dólares los ofrece Yuan Kang. Nos aguarda en el Club Francés.

Sandra Vronin se estremeció. Sin comentarios recogió su abrigo de pieles colocado en un taburete cercano a ella.

Malcolm Tresham asió el abrigo y quitándoselo de las manos de la rusa, la ayudó a vestirlo.

—Vamos —dijo ella lacónicamente—. No le creo capaz de inventar una inexistente cita de Yuan Kang.

—Yuan Kang es el poder número uno de la poderosa China. No le citaría ni siquiera para intentar una entrevista a solas con usted. Nos aguarda en el Club Francés.

***

El Club Francés, dirigido por Ernie Tsang, reunía alrededor de su ruleta al «todo Shangai».

La majestuosa prestancia del anciano Tsang, siempre vestido a la usanza de los antiguos mandarines chinos, era uno de los atractivos principales para el que llegaba por vez primera al casino regentado por Ernie Tsang.

Siempre sepultadas sus largas y apergaminadas manos en las anchas mangas, lucientes los ojillos perspicaces, en el rostro arrugado terminado en larga barba delgada y puntiaguda, Ernie Tsang no saludaba a nadie más que a su propia efigie cuando pasaba delante de un espejo.

Habrían quedado sorprendidos los habituales del Club Francés si hubiesen podido ver la profunda reverencia que Ernie Tsang dedicó a un visitante que le aguardaba en su despacho particular.

El despacho pertenecía a Ernie Tsang, y, sin embargo, el que parecía el dueño era el rechoncho chino vestido a la europea con traje de dril blanco, y que al entrar Ernie Tsang y doblarse en dos profundamente ante él, limitóse a inclinar la cabeza.

—Largas noches pueblen aun por muchas lunas tus dignos años —dijo el

visitante.

—Mi humilde mansión al servicio de los blancos porque así lo ordenaste, se enorgullece por tu presencia, mi señor Yuan Kang.

—No es preciso que me recuerdes que te recogí en un arrozal del Norte, agonizante de hambre, Tsang —dijo secamente Yuan Kang—. Nos hemos saludado ya como exigen los ancestrales antepasados. Hablemos ahora como seres civilizados.

—No tuve el honor, como tú, de estudiar en la Universidad británica de Oxford, ¡oh, gran Yuan Kang! Y tú eres el Más Poderoso, porque unes a tu inteligencia racial los saberes adquiridos en tierras blancas.

—También tú sabes vaciar los bolsillos de los blancos dándoles exotismo y haciendo saltar para ellos una ridícula bolita blanca.

—Esta semana, tu Club Francés ha obtenido la liquidación más alta del año. ¿Quieres revisar los libros?

—Ya vendrá mi contable para ello, Tsang. El motivo de mi visita es muy distinto. Por tu cargo de aparente dueño del Club conocerás a toda clase da seres. Necesito dos europeo, de ambos sexos. Discretos, inteligentes y dispuestos a todo. Como siempre acostumbro, serían pagados espléndidamente si triunfaran en lo que les pienso proponer. Han de ser dos «sin ley».

—¿Discreto, inteligente y sin escrúpulos? Conozco a un inglés que viene aquí con frecuencia. Ahora mismo está en la ruleta. No juega más que sobre seguro. Viste como un agregado de Embajada…

—¿Malcolm Tresham? —sonrió Yuan Kang—. También pensé en él.

—¿Le conoces, señor?

—Te has europeizado excesivamente, Tsang. Volverás a tus arrozales si continúas preguntándome. Te di este trabajo para que contestaras a mis preguntas. Vete en busca de Malcolm Tresham. Dile que yo, Yuan Kang, pagaré miles de dólares a un hombre como él y a una mujer bella e inteligente, que no respete más ley que la propia que se haya fabricado y cuyo mayor escrúpulo sea el no tener escrúpulos. Les aguardaré en este despacho.

***

Sandra Vronin entró primero. Tras ella Malcolm Tresham.

Yuan Kang, sentado tras la mesa-despacho; limitóse a inclinar la cabeza.

—Háganme el honor de tomar asiento. Soy Yuan Kang.

—Le presento a Sandra Vronin, «La Princesa Azul». Supongo que usted ya sabrá quién soy.

Entrecerráronse los párpados del oriental.

—Dadas mis múltiples actividades, procuro siempre tener un fichero lo más abundantemente completo acerca de las personas dignas de atención —explicó Yuan Kang en excelente inglés—. Usted es Malcolm Tresham, jugador de ventaja, asesino a sueldo si la ocasión se presenta, lector de obras

filosóficas y hombre desprovisto de toda vergüenza.

—Veo que me conoce —admitió seriamente el inglés—. No ofenda mis oídos declinando semejantes virtudes refiriéndose a la Princesa Azul.

—Sandra Vronin es enigmática. Nadie ha penetrado su intimidad. ¿No es así, Sandra Vronin?

Exhaló ella una bocanada de humo, replicando reposadamente:

—Me dijo Tresham que quería usted obsequiarme con miles de dólares para un trabajo limpio.

—En efecto. Pero antes, ¿puede saciar mi curiosidad, Sandra Vronin? ¿Quién es usted y qué hace en Shangai?

—La Revolución me hizo huir de Kiew. Vivo del resto de las joyas que poseo. Vi matar a demasiada gente para que la idea de matar a otras personas me amilane. Y no me quedan ya más que varios anillos.

—Permítame, Sandra Vronin. Usted era una estudiante agitadora en la Universidad de Petrogrado. Fué secretaria de Vichinsky, y ha venido a Asia para obedecer las instrucciones que desde Moscú recibe. Bien, ya nos conocemos. Porque creo inútil declinar mi verdadera personalidad, ¿no, señor Tresham?

—Pasablemente —admitió Tresham—. Usted es aparentemente el más rico de los negociantes de Shangai. Las autoridades fingen ignorar que es usted un repugnante pirata fluvial, porque posee usted mucha influencia política entre los apestosos amarillos.

Sandra Vronin miró al inglés por primera vez con simpatía.

—Esta franqueza es perjudicial, Tresham —dijo suavemente Yuan Kang —. Tengo en mi diestra y dentro de mi bolsillo una automática cuyo gatillo es muy sensible a las franquezas.

—Franqueza por franqueza, Yuan Kang —sonrió el inglés—. No soy manco, y observe cómo también mi diestra abulta mucho en el bolsillo interior de mi chaleco. Hay un bolsillo especial, de rígidos forros. Confección particular de un buen sastre. Exteriormente no se nota.

Yuan Kang colocó las dos manos encima la mesa. Malcolm Tresham quitó su diestra del interior de su chaleco pasándose el índice por la cicatriz del pómulo izquierdo.

—Creo que nos entenderemos —dijo incongruentemente Yuan Kang—. No simpatizo con los blancos que se dejan insultar impunentemente. Por eso, quizás nos entenderemos, *mister* Tresham.

—Así lo espero. ¿Abordamos la cuestión?

—Antes necesito que separadamente me contesten a una misma pregunta. ¿Cuál es la ley del hampa, *mister* Tresham?

—Sobrevivir. Matar al que quiera matarnos. Y vale tan poco la vida de los demás, que por unos míseros millares de dólares estoy dispuesto a suprimir al que usted señale, si no me es simpático.

—¿Y usted, Sandra Vronin? ¿Cuál opina que es la ley de los sin ley?

—No traicionar al jefe.

—Exacto, exacto. Ambos han hablado con sensatez. Pero no se trata de matar. Eso está al alcance de cualquiera que pasea una automática como yo y *mister* Tresham. Necesito en mi poder a un hombre vivo, pero imposibilitado para defenderse.

La última frase fué pronunciada con sorda entonación en la que vibraba un hondo rencor.

—Asesinos brutales sin inteligencia abundan. No les habría llamado si no les necesitase porque son ustedes inteligentes, y no tienen ley ni escrúpulos. Usted, Sandra Vronin, es alimentada y vestida por el Partido Soviético. Pero vive parcamente porque el credo soviético en la práctica no es generoso. Diez mil dólares no son de desdeñar y son los que les ofrezco a cada uno.

—Nada tiene de generosa su oferta, Yuan Kang —dijo Malcolm Tresham aceptando el cigarrillo que le tendía Sandra Vronin—. Es usted el amarillo más poderoso y ricachón de Shangai. Cuando tiene que recurrir a nosotros es que sus asesinos habituales fracasarían en la misión que nos quiere imponer.

—Dije diez mil dólares, pero no aclaré la misión.

—Traer vivo y amarrado a un sujeto «X».

—No. Diez mil dólares al que me indique dónde podría hallar infaliblemente al sujeto «X». Veinte mil al que lo tenga incapacitado para defenderse. Treinta mil al que lo traiga a mi mansión particular.

—Esto empieza a interesarme. ¿Y a ti, Sandra?

—También. Debemos deducir, por lo tanto, que usted ignora dónde se halla dicho sujeto «X».

—Ustedes viajan con frecuencia al interior. Aparecen y desaparecen de Shangai. Sigan viajando y pregunten por el Capitán Pantera.

—¿Capitán Pantera? —inquirió Tresham.

—Les haré una breve biografía de dicho caballero. Mi joven amigo se llama en realidad Ross Maloney. Es norteamericano. Un marino de veintidós años. Hambriento le recogí, y también juró no traicionarme. Le cedí el mando de uno de mis veleros piratas. Confiaba en él, porque también me juró que la ley de los sin ley era no traicionar al jefe. No sólo mató a un amigo mío, Kwei el Poderoso, sino que me sobó cinco mil dólares, un collar de rubíes, y se apoderó del barco que yo le había confiado, huyendo cobardemente.

—No cabe duda que «su joven amigo» las pasará amargas cuando se vea delante de usted, Yuan Kang —opinó sonriente Malcolm Tresham.

—Mi vasta experiencia me ha demostrado que pagan siempre su traición los cobardes que abusan de la confianza que en ellos deposito.

—¿Veintidós años, marino y cobarde? Debe haber algún error en su biografía, Yuan Kang —dijo el inglés—. Treinta mil dólares son muchos para la caza de un muchacho cobarde y traidor, al cual sin remordimiento mataría, ya que no respetó la ley de los sin ley.

—Manda ahora en un velero llamado «Furia». Ha logrado que todos los piratas chinos que componen la tripulación le obedezcan ciegamente. Su cobardía es la de haberme traicionado. Por temperamento es impulsivo hasta

la temeridad. Valiente porque hizo frente a Tino Bordini y su cuadrilla de pistoleros, matándolos. (Ver «Piratas modernos».)

—Vamos. Ya aparece la pantera.

—Por tres años fué boxeador en un gimnasio de Shangai. Lucha con el arrojo propio de quien como él posee los cabellos en llama. Es pelirrojo, y sus hombres le llaman Pantera porque tiene de esta fiera la elasticidad increíble. Si me pereció confianza fué porque solo y sin armas se impuso a puñetazo limpio a una tripulación rebelde de piratas y asesinos.

—Bien. Ya sabía yo que no nos ofrecería usted treinta mil dólares para ir a un festival. Comprendo también la presencia de Sandra Vronin. La astucia de la mujer, sus encantos… Ya. En fin —y le tendió la mano a la rusa—. Buena suerte, Sandra. Procuraré ganar yo los treinta mil dólares.

—Una advertencia —y el chino volvió a cerrar los ojos—. Si alguno de ustedes por defenderse, matase a Ross Maloney le sobrevivirá escasos días. Daré orden de matar a usted, Tresham o a usted, Sandra, si matan al Capitán Pantera.

—¡Cómo quiere usted a su «joven amigo»! —rió Tresham—. Estudió usted en Oxford, Yuan Kang. Pero sigue teniendo en el alma el demonio torturador chino. Compadezco a Ross Maloney cuando yo se lo traiga —y el inglés hizo una leve reverencia—. O cuando Sandra arrastre tras sus encantos al marino norteamericano. Bien, creo que ya está todo dicho. Igualmente como nosotros dos, dos «sin ley», no le traicionaremos, igualmente sabemos que al traerle en vida a Ross Malones, usted nos pagará treinta mil dólares.

—En efecto. Así será. Buena suerte.

En la acera frente al Club Francés, Sandra Vronin comentó:

—¿Trabajamos juntos, Tresham?

—No, querida Princesa Azul. Asia es muy grande. Tiene muchos ríos y mucho litoral. Donde esté el Capitán Pantera, procuraré llegar yo el primero. Treinta mil dólares entre dos, quedan reducidos a quince mil. Pero tú ganarás, Sandra. Mi fealdad ha de ser vencida por tu soberana belleza distinguida.

Encogióse de hombros la rusa, y sin añadir una sola palabra, marchóse. Malcolm Tresham encendió un cigarrillo. La llama de la cerilla iluminó su rostro patibulario.

Murmuró en voz baja:

—Mal te veo, Ross Maloney.

CAPÍTULO II

EL «FURIA»

Ross Maloney rió con amplias carcajadas estentóreas, mientras observaba

los infructuosos esfuerzos del corpulento luchador Ling, que inútilmente intentaba apresar entre sus robustos brazos al diminuto asiático que le asestaba, saltando, rápidos puñetazos.

Alrededor de los combatientes un círculo de piratas chinos contemplaba el espectáculo, apiñados en la cubierta del velero, que bogaba lentamente río arriba.

Remontando el amplio delta del Yang-Tsé, el «Furia» se dirigía al pueblecito de Minghong, que era atravesado por el afluente Whangpu.

Era la zona llamada del Gran Canal, y en toda aquella vasta extensión veíanse a trechos las míseras casuchas pobres con idénticos y míseros habitantes.

Pasaban lorchas con sus altas velas, semejando gigantescas alas de murciélago.

Otras veces, los juncos y las barcazas en ringlera, eran remolcados por vaporcitos.

Tras la amplia sábana de agua espesa y cenagosa se erguía la estrecha cinta de vegetación de las márgenes. Más allá se adivinaba el terreno plano, interminable…

El «Furia» continuaba su navegación indolente, y Ross Maloney dió una palmada. Cesaron en su lucha los dos chinos…

Ling, el atlético luchador, miró ferozmente al diminuto chino, del sur que le había impedido exhibir su fuerte estilo de luchador.

El silbato que Ross Maloney llevaba colgando del desnudo pecho, emitió varios silbidos modulados. Los piratas chinos, obedeciendo la orden del silbato, se alinearon en cubierta, quedando sólo un tripulante al timón y otros dos encaramados en los palos, para la maniobra de velas.

Ross Maloney saltó hacia el trecho del cuadrángulo de madera que servía de entrada a las calas. Quedó en pie, aureolado por el sol, en medio de los expectantes piratas…

—Gracias a Mei-Hsi he progresado bastante para que me entendáis sin necesidad de intérprete —dijo hablando con lentitud y escogiendo las palabras en el dificultoso ejercicio laríngeo que constituía pronunciar adecuadamente el dialecto chino de las riberas—. Hace dos meses que partimos de Shangai navegando por mar abierta y reposando. Nos lo teníamos ganado. Y así como Mei-Hsi me alecciona en vuestro defecto racial llamado «astucia», así yo también os demuestro que empleando los puños, un hombre raquítico puede ganarle a un gigantón. ¿Verdad, Ling?

El aludido asintió mirando sonriente al Capitán Pantera.

—Pero esto no son más que diversiones. Ejercicio. También yo cuando segaba trigales allá en Kansas hacía ejercicio pero no era productivo. Ha llegado el momento en que vosotros produzcáis. Tenéis las barrigas llenas, pero no os alimento para que os paséis el día bebiendo arroz fermentado y engullendo pollo picado con almendras y costilla de cerdo. Vivíamos equivocados en Norteamérica. Os creíamos sobrios y coméis más que bueyes.

Hasta que yo vine a bordo, erais unos piratas afamados. O voy a convertir en honrados comerciantes.

Calzado con blancas zapatillas de tenis, enfundadas las largas piernas en un pantalón azul sujeto al estrecho talle por un cinturón-canana de donde colgaba a cada lado una «Colt», Ross Maloney presentaba en su estructura anatómica las características que le habían hecho apodar en el Gran Canal, el Capitán Pantera.

Los rojos cabellos apanochados, siempre despeinados en rizos rebeldes, destacaban en su rostro enjuto y juvenil.

Desnudo de cintura para arriba, el torso ancho no tenía un gramo de grasa superflua. Músculos largos, tendenciosos, restallantes de fibras al menor movimiento, y que parecían voluminosos por comparación con la delgadez del rostro y de las esbeltas piernas.

Echóse hacia atrás la gorra blanca de visera azul galoneada en oro: distintivo que estaba de acuerdo con su documentación falsificada, pero tan perfecta que para todos los organismos blancos, Ross Maloney era un capitán mercante norteamericano.

—He adquirido este barco por cuenta mía —rió Maloney—.Vuestro antiguo patrón me traicionó, queriendo hacerme la más vil de las jugarretas. Y quien no juega limpio, debe atenerse a las consecuencias. Yuan Kang se ha quedado sin el «Furia», y gracias aún a que yo no soy rencoroso. Pero el «Furia» ya no pirateará. Entendámonos, macacos, piratear es robar, abordar e incendiar. Piratas seremos cuando se trate de defender contra los otros barcos de Yuan Kang nuestro barco. Pero, mientras, podremos ganar muchos «yens» comerciando.

El viejo Tian, el segundo de Ross Maloney, arrugó su rostro en sonrisa del que no comprende.

—¿Qué es «comerciar», señor? Tú eres sabio. Ilustra nuestra humilde y torpe luz.

—Ni luz ni humilde, Tian —reprochó Maloney, sonriendo—. Ya os dije que en América hablamos recto y al bulto, sin rodeos. Vosotros no sois humildes ni torpes, sino que sois unos taimados caimanes.

Rieran todos los tripulantes. Les satisfacía el «dios blanco de cabellera en llamas» que tan bien les conocía.

—Comerciar, macacos, es sacar provecho del trabajo propio. ¿Qué en Hong Kong quieren comprar sedas del interior? Se las llevaremos nosotros a precios más bajos que los barcos de Yuan Kang ¿Qué en Shangai reclaman opio para sus fumaderos? También le haremos la competencia a Yuan Kang. Es comercio leal, puesto que los patrulleros no se oponen a que el jugo de las adormideras que en América consideramos una droga, sea consumido legalmente en los fumaderos. Y así, llevando a los unos lo que les hace falta en viaje de ida, y trayendo en viaje de vuelta los utensilios de ciudad que quieran por las aldeas, ganaremos muchos «yens».

—Hay muchos «yens», señor, en llevar de Norte a Sur a las arroceras —

aconsejó Tian, reflexivo.

—Cierra el pico, viejo bandido —replicó Maloney con el ceño fruncido —. Para ti es algo muy natural entrar a cuchillo en una aldea matando a los hombres y raptando a las mujeres para llevarlas a los campos a cosechar.

—Ellas ganan «yens»… y se quedan viudas contentas —sonrió el viejo pirata.

Se encogió de hombros Ross Maloney. Era inútil intentar demostrar a aquellos hombres qué actos eran «comerciales» sin ser delitos o inmoralidad en aquella región de muy elástica mentalidad acomodaticia.

—Escucha, viejo Tian. ¿Quién es a bordo el amo y señor?

—Tú solo. Tú mandas. Tú ordenas. Nosotros te obedecemos. Tú eres el amo y el señor del «Furia». Tú eres el Capitán Pantera —fué recitando Tian, y en eco toda la tripulación repitió sus frases como en una letanía.

—Bien. Pues que no se os olvide. Aquel que olvidándose que de ahora en adelante es un comerciante, cometa actos que yo no ordene, lo empalaré de un puñetazo en lo más alto del mástil.

Miró Maloney por unos instantes en ojeada circular a toda la tripulación, pero todos asentían en mudas cabezadas.

—Y, por último, os quiero advertir una cosa. En América se vive bien porque reina la cordialidad.

—¿Qué es la cordialidad, señor —preguntó Ling.

—No molestar al vecino para empezar si el vecino no os molesta. Un ejemplo para ilustrar vuestros humildes y torpes oídos —dijo con ironía visible Ross Maloney—. Ling es mi piloto de confianza, y Tian mi segundo, también de toda confianza. Yo les mando a ellos y ellos os mandan a vosotros. Pero lo hago amablemente, sin imperativos. Eso es cordialidad. Y es también cordial el puntapié que le atizo al que no obedezca cordialmente. Y es cordial el plomo que mi «escupe-fuegos» le hundirá en el pellejo al que no cumpla lo que yo digo. Es cordial porque todos sabemos lo que tenemos que hacer. Queda, pues, cordialmente entendido que ya no somos piratas de Yuan Kang. Sois todos comerciantes a mis órdenes. Ahora *¡abur!*, que tengo hambre.

Saltó a cubierta Ross Maloney, andando con su peculiar paso largo, indolente y elásticamente desgarbado.

Llegóse a la cabina de proa, entrando en el interior de un camarote. Por la puerta comunicante con la camareta observó a la china que, acuclillada, removía en el interior de una vasija colocada encima de un fuego de hornillo.

Mei-Hsi, la hija del comerciante de Shangai que había abandonado su tienda para seguir a Ross Maloney, preparaba el almuerzo.

Desde que estaba a bordo había confiado en que Ross Maloney, como en tiempos pasados, le hablaría de amor.

Pero el marino norteamericano, si bien seguía llamándola con diminutivos cariñosos, la trataba como a un amigo.

Y Mei-Hsi, la bella mujercita de ojos almendrados, la que había sido codiciada por todo Shangai, estaba secretamente ofendida.

—¿Novedades en la pitanza, almendrita? —preguntó Ross Maloney mientras revestía la guerrera blanca, despechugada como siempre, y cuyos botones de oro abrochaba raramente—. Sopa de camarones, ensalada de melón y pollo con mucho té, ¿no?

—Hoy he guisado unos faisanes del Yang-Tsé.

—¡Puah! —exclamó asqueado Ross Maloney, entrando en la camareta y sentándose tras la mesa—. Los va comer quien los quiera tus faisanes, palomita. A mí me comerán los gusanos cuando muera, pero no nací para hacer las cosas al revés y comerme yo los gusanos.

—Es que los faisanes bien envueltos en barro y al pudrirse se ponen tierno y…

—…putrefactos —rezongó con la nariz arrugada Maloney—. Mi estómago está a prueba de bala, pero no a prueba gusanos, barro y tiernos pájaros podridos. Dame una lata de frigorífica.

—¿Carne fría, Ross? Tú mandas —y levantándose fué hacia el armario.

El bordado kimono confería a la china un encanto de muñeca. Pero Ross Maloney tenía apetito y para él las mujeres no eran más que seres charlatanes de quienes había que desconfiar siempre.

Colgado del tabique y a su espalda pendía un fusil-ametrallador. En una esquina de la camareta, sujeta en horquilla, una ametralladora «Maxim» apuntaba su boca hacia la puerta…

—Habrás visto que soy un buen discípulo tuyo, miniatura —dijo satisfecho Maloney mientras con ruido sorbía la sopa que acababa de colocar ante Mei-Hsi—. Han quedado todos los macacos convencidos que de ahora en adelante somos comerciantes… Y mi lenguaje lo han entendido perfectamente gracias a tus lecciones… Se han acaba los abordajes, las peleas, los hachazos Cordialidad… Está buena la sopa, muñequita.

Extendió ambos brazos con deleite, abriéndolos en cruz.

—Me siento un pacífico trabajador alejado de todo ruido mundanal…

Fueron primero varios silbidos agudos. Después, al estallar la pólvora, se percibieron netamente los repiqueteos de las balas. Saltó en esquirlas el barde del redondo ventanal de la camareta…

La zurda de Maloney cayó sobre la culata del fusil-ametrallador y en tres ágiles saltos estuvo en cubierta.

Los tripulantes del «Furia» corrían hacía las calas. Otros, tumbados en cubierta vociferaban… Dos de ellos mostraban sangrientas heridas en sus pechos, tendidos boca arriba, muertos…

Desde la ribera cercana, dos ametralladoras y varios fusiles ocultos entre la maleza disparaban contra el «Furia».

Al aparecer en cubierta Ross Maloney, cesaron los disparos como por encanto.

Agitó en el aire su fusil-ametrallador el pelirrojo norteamericano.



La zurda de Maloney cayó sobre la culata…

—¡La «zapatilla»! —gritó.

Era la última de sus adquisiciones en Cantón, y la había bautizado «zapatilla». Ling corrió a la borda, dando vueltas a la manivela que hacía funcionar el torno alrededor del que se enrollaban cables que suspendieron en el vacío una pequeña canoa a motor.

El salto de Ross Maloney al interior de la canoa hizo balancear en el aire la frágil embarcación.

Arriada prontamente, la canoa trepidó estruendosamente, al empujar Maloney de un manotazo la palanca.

Una estela barrosa y amarillenta formó un surco turbulento tras la popa

de la embarcación en la que, inclinado, Ross Maloney, con el fusil-ametrallador bajo el brazo, hervía de cólera.

«No es jugar limpio», meditaba ceñudo, mientras la canoa acercábase a la ribera, «ametrallar desde tierra a pacíficos comerciantes»…

La canoa chocó contra el afelpado borde de tierra cubierto de hierba. A la vez que quitaba los contactos, saltaba a tierra Maloney portando colgada del hombro una redecilla de la que sobresalían varios extremos cilíndricos de madera.

Corría hacia el lugar de donde partieron los disparos, agachado y en zig-zag…

Una ráfaga de ametralladora levantó tierra, pero a distancia suya.

«¡Torpes!», meditó mientras continuaba corriendo.

Asió uno de los extremos de madera y balanceó en el aire la granada de «piña»…

Cuatro chinos se alejaban aceleradamente portando de dos en dos una ametralladora. Huían… incomprensiblemente.

Otros dos amarillos, rodilla en tierra, apuntaban sus fusiles hacia el pelirrojo, que avanzaban a saltos zigzagueantes hacia ellos. Pero disparaban también torpe e incomprensiblemente a «a no dar».

La granada, al estallar, levantó un penacho de tierra entre los que huían con sus ametralladoras y los dos tiradores arrodillados.

Una bala rozó el hombro de Maloney. Disparó éste con la zurda el fusil-ametrallador… Los dos tiradores dieron unas vueltas sobre sí mismos alcanzados por la ráfaga.

Otra nueva granada estalló de lleno encima del grupo que llevaba las dos ametralladoras.

Restallaron las máquinas «Hotchkiss» al desmembrase a efecto de la explosión.

Despedazados saltaron por los aires los cuatro chinos.

Ross Maloney buscó con la mirada a nuevos enemigos. Calmóse su respiración y, como siempre pasado el primer furor combativo, sintió miedo.

—Os la buscasteis, amigos —dijo en voz alta, para serenarse.

Sólo entonces pensó que, cegado por la cólera, había atacado como un «novato», cargando a pecho desnudo contra seis hombres armados de dos ametralladoras y fusiles.

Pero sonrió golpeando amistosamente la culata de su fusil-ametrallador. En su hombro se balanceó la carga mortífera de granadas.

—No basta ser un arsenal —prosiguió también en voz alta—. Hay que saber servirse de los «escupe-fuegos» y las «sonoras».

Uno de los tiradores removióse en el suelo. Se le acercó Maloney.

—¡Perdón! —gritó el chino, que solamente estaba herido—. ¡No me remates, Capitán Pantera! ¡Tú eres bueno! ¡Tú eres el Huracán Blanco y generoso!

—Y tú eres un cerdo que has atacado a traición a unos pacíficos

comerciantes fluviales —dijo secamente Maloney—. Verás que me sobra plomo y carga. Pienso aliviar el peso tomándote por blanco, y eso que eres un macaco amarillo.

—¡Orden de Yuan Kang! —gimió el herido, arrastrándose y levantan su manos implorante.

—Canta, muchacho. Te lo aconsejo. ¿Por qué disparasteis matándome a varios hombres?

—Yuan Kang ha ordenado que matemos a tu tripulación. En cada ribera del Gran Canal hay seis piratas como nosotros aguardando el paso del «Furia». Cuando divisáramos tu barco, uno de nosotros debía ir a comunicar a Yuan Kang tu paradero. Pero apenas nosotros disparamos tú viniste con el «rayo de motor» y…

—Os he hecho fosfatina. Eso es. Bien, pues vas a salvar el pellejo por milagro, muchacho. ¿Yuan Kang me busca? No quiero hacerle perder tiempo. Ahora voy a Minghong por asuntos comerciales. Pero cuando rebase Minghong y toque también en Suchow, regresaré a Shangai. Y dile todo eso a Yuan Kang. Dile además que iré a visitarle. Dile que uno de los dos sobra en el Gran Canal. Y es él. Ponte en pie, muchacho. No estás tan débil como quieres hacerme creer. Deja tu fusil en el suelo. Así. Muy bien. Me gustan los muchachos obedientes. No tienes más que plomo en las alas, y un hombro herido. Lárgate y vete a comunicarle a Yuan Kang dónde estoy.

Vacilante, el chino logró incorporarse. Miró con temor al «Huracán Blanco de cabellera en llamas»…

—Antes de irte, aclárame algo, macaco. ¿Cómo pudisteis ser tan torpes de no atinarme?

—Orden de Yuan Kang. El que te mate, será torturado como nunca nadie ha sido torturado —dijo el chino en voz baja.

—¡Cáscaras! —sonrió Maloney—. Me parece que tendré que darme prisa en liquidar al bondadoso Yuan Kang… ¡*Abur*, muchacho! Y no intentes alguna jugarreta, porque te estoy observando.

Alejóse el chino tambaleándose.

Aguardó unos instantes Ross Maloney, y cuando estuvo ya a considerable distancia el chino, regresó a la canoa.

Poco después, al subir a cubierta, quedóse boquiabierto. Todos los tripulantes del «Furia» estaban arrodillados con la frente tocando la madera.

Cantaban una extraña melodía en cadencia al ritmo del tambor que Tian golpeaba acompasadamente.

—Te proclaman el «Invencible», el dominador del «rayo» y el «espanto de los espíritus» —dijo Mei-Hsi, en pie y sonriendo ante el rostro asombrado de Ross Maloney.

—¿Por qué? ¿Se han vuelto locos? —preguntó en inglés Maloney.

En el mismo idioma le replicó ella:

—Te han visto surcar el agua sobre la canoa. Te han visto saltar a tierra y hacer huir a seis hombres. Te han visto avanzar pese a las balas. Te han visto

hacer saltar en pedazos a cuatro hombres sólo con un palo de madera que les echaste encima. Te creen un dios ahora más que nunca.

Ross Maloney enrojeció airado. Su silbato emitió agudos silbidos. Cesó Tian de golpear el tambor y todos los hombres se pusieron en pie.

Ross Maloney volvió a saltar encima de la camareta de entrada a las calas. Su fusil-ametrallador le sirvió para puntuar sus frases.

—¡Turba de estúpidos! —exclamó—. El «rayo» es una barca con motor, un invento de mis paisanos de América. Ciencia es y nada tiene de milagroso. Esos palos de madera son granadas de «piña», también invento de los blancos, que a la hora de ponerse a pensar cosas para matarse son los amos. Y si yo soy invencible según vosotros, es porque domino el miedo que me hace sudar cuando entro en pelea. Y en cuanto a ahuyentar espíritus, bien visteis que eran hombres como vosotros los que corrían. Si los cacé fué porque… —iba a decir la verdad, pero se contuvo. No podía declararles que por orden de Yuan Kang a él no podían acribillarle a balazos. Recordó el consejo de Mei-Hsi y añadió sonrojándose porque le costaba mentir— …porque yo soy el «Huracán Blanco». En fin, ¡cáscaras! ¡Que el diablo cargue con todos vosotros! Al timón, Ling, sigue rumbo a Minghong. No volverá nadie más a atacarnos. Y al de vosotros que pille arrodillado cuando yo pase y besando el suelo asquerosamente, le daré en la cabeza con un palo de madera de esos que rompen los huesos.

Alejóse hacia su camarote, y de nuevo se colocó tras la mesa.

—Se ha enfriado la sopa —dijo rabiosamente.

Sonrió Mei-Hsi, y, quitando el plato, lo sustituyó por una taza de té. Bebió Maloney el humeante brebaje.

—No aprendes nunca, a mentir, Ross —reprochó ella—. Ellos son ignorantes y supersticiosos. Si tú quisieras, no cien hombres, sino millares de ellos te seguirían creyéndote dotado de virtudes milagrosas.

—Abusar de la ignorancia de los supersticiosos es el peor de los crímenes. América manda libros y pizarras para que vosotros sepáis que dos y dos son cuatro.

—Y cuando nosotros sepamos lo que vosotros sabéis, os venceremos, porque además poseemos astucia y sabemos engañar.

—No lo creas, melosilla. En América tenemos un refrán que dice: «Pega poco, pero bien y de lleno». Y el maestro, cuando el discípulo se siente listo, le atiza un palizón tan sano que cura para siempre al astucioso y engañador macaco A otra cosa. Tengo hambre, palomita.

En silencio colocó ella delante de él una fuente con un pollo entero rodeado por arroz batido con huevo.

Ross Maloney empezó a comer vorazmente observado por la china.

—Yo no soy una macaca, Ross. ¿Puedes contarme el milagro que te ha permitido atravesar por entre las balas? ¿Por qué tu sola presencia ha bastado para que ya no disparasen más contra el «Furia»?

—Es de una claridad aplastante —dijo Maloney con la boca llena e

hincando un mordisco en un muslo del pollo que sostenía con las dos manos.

—Para ti quizá lo sea, no para nosotros, ignorantes macacos.

—Tenían orden de ir matando a la tripulación, pero cogerme vivo si podían. El que me matase sería torturado por Yuan Kang. Ya ves que es muy sencillo.

Ella abatió los párpados. Dijo con suavidad:

—No progresas, Ross. Te aconsejé que explotaras la ignorancia de tus piratas, que te creen un semidiós. También te dije que los secretos no deben revelarse ni al mejor amigo. Tú no debiste revelarme el secreto de lo que acaba de ocurrir.

—Tú eres mi mejor amigo, muchacha. Llevas kimono, pero para mí como si llevaras pantalones y tuvieras bigote.

Siguió él comiendo, sin darse cuenta que acababa de inferir la peor de las injurias a Mei-Hsi…

***

El «Furia» se perdía en la lontananza del ancho Whangpu, cuando el chino herido, andando por la ribera, intentaba apresurar el paso para llegar pronto donde hallase uno de los barcos al servicio de Yuan Kang.

Vaciló de pronto, dando un traspiés… Y cayó de bruces, dilatado el rostro por el asombro. Había visto al «Huracán Blanco» subir a cubierta…

Y, sin embargo, uno tras otro, tres balazos acababan de entrarle por la espalda, mordiéndole el corazón… Quedó muerto, mientras de detrás de la maleza surgía una mujer que había presenciado el combate entre Maloney y los piratas de Yuan Kang, siguiendo al herido hasta estar lejos de posibles escuchas del «Furia».

Y Sandra Vronin sonrió mientras, enfundando de nuevo el revólver en su bolso, murmuraba:

—Yuan Kang no debe ser advertido más que por mí.

CAPÍTULO III

MINGHONG

Un típico pueblecito chino como pudiera encontrarse en las más remotas regiones del interior del país era Minghong, atravesado por el Whangpu, uno de los innumerables afluentes del delta del Yang-Tsé.

Mientras el «Furia» iba inmovilizándose, Ross Maloney, junto a la pasarela, examinaba el paisaje, donde el maíz y el kaoliang coloreaban la uniforme extensión amarilla.

El sol ardiente doraba los contornos en una sinfonía de matices amarillos un pálido amarillo en la atmósfera, un amarillo más ocre en la tierra y en los muros, y a veces el restallante amarillo de las tejas de una pagoda o de una fachada recubierta de mosaicos.

Cuando el barco se inmovilizó en una de las riberas entarimadas, tras Ross Maloney se colocaron Ling y Tian, ambos portando sus cubrecabezas cónicos, que, según Maloney, les daban cierta semblanza con las pantallas para proteger la luz.

Mei-Hsi anduvo a la izquierda de Maloney, un paso atrás de él. En honor a que bajaba a tierra, el americano habíase colocado bajo la guerrera blanca una camisa de sutil tejido de seda.

Y sabía que a los hoscos chinos con quienes iba a tratar des impresionaría los galones dorados de su gorra y dos botones de su guerrera, así como su cinturón-canana con las dos «Colt», y los yataganes de Tian y Ling.

Atravesaron una multitud de diminutos vergeles, verdes ramilletes protegidos por empalizadas contra los huracanes de arena, y que contenían algunas cepas de magníficas uvas, peras enormes y rutilantes «kakis».

Desfilaron por entre sauces y campos de algodón, donde carros tirados por búfalos avanzaban lentamente. Y al fin encontraron el vallado de bambúes tras el que, según Tian, hallarían al jefe del poblado.

Una autoridad tácitamente reconocida por los otros habitantes de Minghong hacía del anciano Tayung-Fú el jerarca que disponía de cuanto se cosechaba en Minghong.

Al penetrar en el recinto, detúvose Maloney con sorpresa ante la ceremonia, fúnebre que se estaba desarrollando.

Pese al calor, ardía una hoguera en el centro de la explanada, junto a un cadáver desnudo, alrededor del que sus parientes, vestidos enteramente de blanca seda de pies a cabeza, se quejaban lastimeramente al son de agudas flautas de bambú.

Algunos miraron con extrañeza y cierta hostilidad al grupo detenido en el vallado.

—Deberemos esperar a que terminen —susurró Mei-Hsi—. Están acompañando al difunto en su último viaje.

—Espero que la despedida sea corta. Hace mucho calor —comentó Maloney.

En la gran casa del fondo, un anciano majestuoso presenciaba, sentado en un amplio sillón cubierto de almohadas, la ceremonia que, por sus atribuciones de jefe, se desarrollaba ante él.

A los pies del cadáver había una enorme cesta, y tres objetos de papel que reproducían fielmente un barco, un caballo y un «richkaw».

—La cesta es para proveer al difunto de cuanto necesita para llevar a buen fin su viaje al más allá —siguió explicando Mei-Hsi—. Luego quemarán las tres cosas que más prefería el muerto, y habrá terminado la ceremonia.

—Bueno, yo siento que se muera la gente, porque la vida es bonita —dijo

Maloney—. Pero los vivos tenemos que vivir, ¿no? Vamos a ver al viejo Tayung-Fú, para hablar de negocios.

—Aguarda, blanco —dijo con cierta acritud Mei-Hsi—. Tienes que respetar las costumbres del país donde estés… si quieres no sólo negociar y ser bien recibido, sino evitarte una salida dificultosa de Minghong.

Inclinóse Maloney con humorística sonrisa.

—Obedezco, maestra. Tú me avisarás cuando podemos ir al grano.

Media hora después retiráronse los parientes del difunto, llevándoselo en una carreta tirada por dos soñolientos búfalos, y entonces Mei-Hsi avanzó hasta inclinarse profundamente ante Tayung-Fú.

—Indigna soy de posternarme ante el sabio de los sabios de Minghong —recitó dulcemente.

—Confucio derrame sobre ti sus consejos —replicó el anciano.

Empezaba a impacientarse Maloney oyendo las divagaciones de Mei-Hsi y Tayung-Fú, muchas de cuyas palabras no entendía, hasta que al fin oyó mencionar su apodo.

—…Blanco fuerte y amante de las leyes de Confucio, y es respetado por nuestros hermanos porque es el Capitán Pantera.

Tayung-Fú, siempre sentado y dominando desde la terraza en su sillón a los cuatro que se hallaban en pie ante él, dedicó una sonrisa y una amable inclinación de cabeza hacia el norteamericano.

Habló unas incomprensibles palabras.

—No entiendo su mojiganga, almendrita —dijo Maloney—. Pero dile que yo vengo a buscar algodón, seda y opio. Y que no me quiera engatusar, porque sé los precios que paga Yuan Kang.

—Dice el blanco, honorable Tayung-Fú, que eres compendio de sabiduría y que se honra deseándote un pronto viaje hacia Confucio cuando desees reposar.

—Mis míseros oídos han sido gratamente acariciados con dos palabras que son el nombre de uno de mis buenos amigos.

—El poderoso Yuan Kang distingue al Capitán Pantera con una amistad especial. Y como accidentalmente el velero del Capitán Pantera se dirige a Suchow, al pasar por Minghong manifestó mi señor deseos de saludarte y demostrarte su respeto.

—Una flor de tu exquisita crianza es para mi amigo el Capitán Pantera la mejor de las presentaciones. Quiero que os llevéis algún obsequio de mi humilde poblado.

—¿Vamos a estar charloteando toda la tarde? —preguntó Maloney—. Que desembuche ya cuanto quiere por las mercancías que tenga en almacén.

—El Capitán Pantera se excusa y llora íntimamente al no dominar lo bastante, nuestra lengua y no tener la dicha de hacerse entender de ti, honorable Tayung-Fú. Soy yo quien, indigna de tan alto honor, debo traducir las elogiosas frases que en su lengua te dedica.

—El robusto árbol se impregna del tenue aroma del grácil junco que a su

lado vive, Mei-Hsi. Y pronto el Capitán Pantera me honrará hablando en la lengua grata a Confucio.

—Nuestro velero tiene amplias calas, honorable Tayung-Fú. Calas que el algodón, la seda y el «nirvana» embellecerían. Y es tan mísera la cantidad que podemos pagar, que por eso nos dirigimos a ti. Sabemos que tú, honorable pastor, proteges al viajero que empieza su camino. Y Yuan Kang es poderoso. Paga generosamente porque llegó al final de su camino. Mi señor el Capitán Pantera empieza su viaje.

—Me conmueven tus palabras, Mei-Hsi. Aleteas como unge paloma, pero tu florido piquito muerde como el experto gavilán.

Y el anciano Tayung-Fú rió a mandíbula batiente. Era obligación que se le imitara, si no se quería faltar al protocolo.

Tian y Ling ensordecieron a Maloney con sus carcajadas, y Mei-Hsi rió suavemente mientras murmuraba:

—Obtendremos a mejor precio que Yuan Kang las mercancías.

—Si os contáis chistes, no veo yo cómo cáscaras…

—¿No dijiste que yo era tu maestra? Ten paciencia.

El pugilato verbal entre Tayung-Fú y Mei-Hsi duró media hora más, durante la cual Ross Maloney sintió varias veces el deseo de estrangular a Tian y Ling cuando reían a mandíbula batiente acompañando una frase ininteligible del anciano Tayung-Fú.

Al fin, Mei-Hsi se prosternó profundamente ante Tayung-Fú.

—Hazle un saludo respetuoso —bisbiseó.

Ross Maloney tocóse la visera de la gorra, cuadrándose un segundo.

—Podemos irnos —dijo Mei-Hsi de nuevo.

—¡Hey! ¿Irnos después de…?

—Nos vende toda su cosecha de algodón, pero debemos llevarnos los gusanos muertos que Yuan Kang no quiere. Te explicaré por el camino.

Furioso, Ross Maloney aguardó a haber salido del vallado y encontrarse entre dos empalizadas donde nadie transitaba, para, colocando sus puños en la cintura, soltar varias interjecciones antes de expresar su particular opinión:

—Mucho doblar el espinazo, reír, cotorrear y al final me regaláis gusanos muertos.

—La impaciencia mata al blanco, Ross —explicó suavemente Mei-Hsi —. El algodón llenará la mitad de tus calas, y lo he obtenido quince sapecas más barato por fardo que Yuan Kang. Los gusanos de seda muertos pueden darte un gran beneficio, porque mi padre me dijo que abriéndoles en canal se les saca dos hebras con las que se confecciona una muy delgada y fuerte hilacha que los pescadores necesitan. Y en Shangai los pagarán bien. Ocupa poco espacio y da una cantidad de dólares insospechada.

Echóse hacia atrás Maloney la gorra rascándose la pelambrera. Sonrió divertido.

—De ahora en adelante prometo callarme, palomita. Tendré que buscarte una profesora de taquimecanografía y te llevaré a Kansas. Serás una secretaria

maravillosa cuando yo sea el hombre que entre en el pueblo de mis padres conduciendo un «Rolls-Royce», Bueno, ¿vamos a cargar?

—Tian y Ling con varios equipos irán al lugar que ha designado Tayung-Fú. En cuatro horas habrán realizado la operación.

—¿Quién ha de pagarle al viejo carcamal?

—Yo, porque no pueden mancharse sus manos tocando moneda americana. Y tengo los saquitos preparados.

—Bien, secretaria —rió Maloney—. Todo queda a tu cargo. Yo revisaré antes de zarpar. Y ahora me doy una vuelta por Minghong.

En todo el poblado no había la menor huella de lugares de diversión propicios al marinero en escala. Empezaba a aburrirse cuando un espectáculo le llamó la atención.

En un «richkaw» tirado por dos robustos «coolíes» del Norte, altos y anchos, una indolente belleza acababa de pasar ante el maravillado norteamericano.

La desconocida vestía de azul, y un gracioso sombrerito hecho de flores artificiales encubría parcialmente la abundosa melena negra.

—Descansa verla después de tanto amarillo —comentó para sí Maloney.

E iba a seguir su vagabundeo, cuando dióse media vuelta.

Los dos «coolíes» discutían acaloradamente con la desconocida viajera, manoteando amenazadores.

Ella, en pie junto al «richkaw», lanzó a su alrededor una mirada de desamparo, más impresionante por la inmensa grandura de sus ojos de un intenso azul.

Uno de los «coolíes» avanzó una mano, zarandeando a la blanca por el hombro.

En dos saltos, y con un grito de aviso, estuvo Ross Maloney junto al «richkaw», que derribó al asir por el cuello al que zarandeaba a la bella desconocida.

—¡Cuidado! —advirtió ella.

El otro «coolí», con un cuchillo que acababa de extraer de su taparrabos, abalanzábase hacia Maloney.

El puñetazo en el estómago dobló al primer «coolí», mientras un puntapié lateral y simultáneo al primer golpe, alcanzando en el mismo lugar al segundo portador, le dobló también por la cintura, gimiendo de dolor mientras soltaba el cuchillo.

—Así es como debéis estar —masculló Ross Maloney, mientras sus dos manos asían a cada uno de los dos «coolíes» por la nuca—. Saludando cordialmente a las damas.

Por tres veces hizo chocar entre sí los cráneos de los dos «coolíes» con toda fuerza. Ambos hombres cayeron de espaldas, sin sentido.

—Buenos chicos —comentó Maloney tocándose la visera de la gorra—. Algo revoltosos, pero atienden a razones. Me llamo Ross Maloney.

—Y yo Sandra Vronin —replicó ella sonriente—. Muy agradecida a la

eficacia de sus razones, *mister* Maloney.

—No comprendo cómo se atrevieron, delante de un blanco como yo, a ponerle la mano encima.

—Les dije que me esperaran, mientras yo iba a indagar si mi hermano sigue en Minghong, y me exigieron el pago del viaje desde Hanchow. Y me pedían el doble de lo que tratamos al salir de Hanchow. Me parecen unos bandidos.

—Lo extraño es que no la desvalijaran por el camino. Es muy peligroso, *miss* Vronin, para una mujer sola viajar por esta comarca.

—Tengo que reunirme con mi hermano. En la legación me dijeron que estaba en el Gran Canal.

—Un informe absurdo, *miss* Vronin. En el gran Canal hay miles de poblados y nubes de bandidos.

—Concretaron que estaba aquí en Minghong o en Suchow. Si no lo encuentro en este poblado, los «coolíes» me llevarán a Suchow.

—Oiga, *miss* Vronin. Yo la acompañaré gustoso a visitar al viejo Tayung-Fú y procuraremos hacernos entender por él. Y si su hermano está aquí, lo celebraré, porque una mujer de su rango y delicadeza no debe viajar sola por aquí. Vamos.

—Aguarde, *mister* Maloney. Tengo que decirles a los «coolíes» que me esperen…

—¡No sea niña! Esos «coolíes», cuando despierten, morderán el aire, y si vuelve usted a subir en su cacharro la desvalijarán y matarán. Venga conmigo a ver a Tayung-Fú. ¿En cuánto arregló el viaje desde Hanchow a Minghong?

—Noventa yens para cada uno.

—La estafaron, pero, en fin, hay que cumplir lo pactado. Coloque en el asiento del «richkaw» ciento ochenta yens.

Ella, como si estuviera sojuzgada al tono autoritario del joven marino, colocó en el asiento varios billetes y le siguió dócilmente, emparejando su indolente paso a la larga zancada, también indolente y elástica, del desgarbado y atlético Maloney.

***

Uno de los «coolíes» se removió en el suelo, hasta sentarse. Recuperó del todo el sentido, y al ver en el asiento del «richkaw» los tentadores billetes se disipó como por encanto su atontamiento a efectos de los contundentes golpes recibidos.

Miró de soslayo a su compañero, que aun seguía inanimado, y cautelosamente se puso en pie. Introdujo en su taparrabos los billetes…

Y sólo entonces, como buen compañero, atendió al otro «coolí».

—Se fué el «cabello en llamas», Yu.

Aquella noticia acabó de disipar la modorra del portador que había tardado más en recuperar la noción de lo que le rodeaba.

Se levantó y agarró el palo lateral del «richkaw». Ayudado por el otro, restablecieron sobre sus dos ruedas el veloz carrito.

—Si llego a saber lo fuerte que pegaba este «huracán blanco», hubiese pedido más —dijo hoscamente.

Su compañero Yu le tranquilizó:

—Quinientos yens para traerla aquí, apenas llegase el velero que seguíamos por tierra, y fingir que la queríamos robar, es una generosa recompensa.

—Son raros estos blancos. ¿Para qué quería la mujer que sólo la atacásemos cuando estuviese delante el marino blanco?

—No nos importa. Pagó quinientos yens y nos basta. Y no debe ser torpe, porque cuando abrió por primera vez el bolso, lo hizo para que viéramos que llevaba un «escupe-fuegos».

Los dos a la vez afianzaron los puños alrededor del palo y, con un «¡han!» de aviso, arrancaron al trote, alejándose de Minghong, tal como ella les había ordenado.

Y se alejaban complacidos, porque ponían así a distancia de sus estómagos y cráneos los puños y pies del «cabello en llamas»…

***

Hacia el vallado de bambúes que rodeaba la morada de Tayung-Fú, Sandra Vronin explicó su historia.

—Nunca hubiese pensado, cuando vivía monótonamente en Kiew, mi bella ciudad natal, que un día tendría que atravesar la mitad del continente asiático para poder encontrarme con la única persona que me queda de mi familia. Mis padres fueron asesinados por las hordas rojas. Y sólo me queda Piotre Fedorovitch Vronin, mi hermano.

—¿Consiguió también huir del jaleo?

—Se ausentó de Kiew el año 15. Es naturalista.

—¿Eso, qué es?

—Se dedica al estudio de las flores, plantas, rocas, insectos y demás creaciones de la Naturaleza. Es un sabio.

Y lo dijo con pueril orgullo que agradó a Ross Maloney, el cual no podía saber que Piotre Fedorovitch Vronin era una invención de la agente soviética, puesto que había muerto en el año 18.

—¡Hombre! Pues cuando le veamos le voy a regalar unos cuantos gusanos muertos. Y siga mi consejo, *miss* Vronin. De ahora en adelante, siempre que viaje hágalo en compañía de su hermano. Sola, una mujer bonita… —enrojeció el marino— …en fin, nadie está seguro por esa comarca.

—Bien viaja usted solo y es blanco también.

—Yo soy hombre y tengo un barco y armas.

—Interesante. Un capitán mercante que ataca como una pantera y deja sin sentido a dos gigantes en un soplo. Y modesto. Es usted americano, ¿verdad?

—Nací en Kansas. Antes era granjero pero… vine al Asia a probar fortuna.

—Va por buen camino, puesto que ya tiene un barco propio. ¿O comercia usted en tráfico por alguna compañía naviera de su país?

—Trafico en lo que puedo y para mí y mis hombres. Esa es la casa de Tayung-Fú. Lo malo es que yo y él no nos entendemos.

—¿Es enemigo suyo?

—¡Qué va! Somos amigotes, pero habla endemoniadamente.

—Conozco el chino de los mandarines, *mister* Maloney.

Y fué con gran asombro que Ross Maloney presenció la fácil verborrea que se entabló entre Sandra Vronin y Tayung-Fú; el final del preludio obligado, denegó varias veces el anciano con la cabeza.

Y cuando salían del vallado, la expresión de Sandra Vronin era tan perfectamente justa, que su fingida tristeza conmovió a Maloney.

—Vamos, vamos, *miss* Vronin. No se amilane. Ya encontrará a su hermano en Suchow. Porque supongo que las cabezadas de la momia de Tayung-Fú significaban que no está por Minghong su hermano, ¿no?

—Me ha dicho que estuvo hace unas semanas —mintió ella—. Y que se fue hacia el noroeste.

—A Suchow. Está al noroeste.

—Le quedo muy agradecida, *mister* Maloney. Le recordaré siempre como un clásico ejemplar del noble corazón americano.

—No hice más que lo que hubiera hecho otro «quidam» cualquiera en mi lugar. Pero, ¿a qué viene su despedida?

Se hallaban en el famoso jardín construido miles de lunas antes por un vasallo de la dinastía Ming. Sentóse Sandra en uno de los bancos de piedra junto al estanque cubierto por las anchas hojas de las flores de loto.

Había caprichosas y liliputienses montañas de piedra que eran un delicado artificio.

El cielo se había encapotado y avanzada la tarde se ensombrecía el espacio. Unas grandes gotas de lluvia caían sobre el encanto del jardín, donde encima del banco un saliente de mayólicas protegía a la pareja de la lluvia.

Los goterones caían sobre las anchas hojas que emergían del agua. Quizá por la sugestión de estas gotas, le pareció a Maloney que se humedecían los grandes ojos azules de Sandra Vronin.

—No quiero retenerle más, *mister* Maloney. Tendrá usted mucha ocupaciones y…

—¡No sea absurda! ¿Cómo voy a dejarla aquí sola? ¿Usted no quería ir a Suchow? Pues yo voy hacía allá. Ande, levántese y sonría.

—No puedo… No puedo aceptar.

—No se preocupe. A bordo está mi secretaria, una china muy instruida, que la hará compañía.

—Yo confío en su caballerosidad. No era por esto que me negué. Es que no quiero serle gravosa…

—Lo arreglaremos fácilmente —sonrió Maloney—. ¿Cuánto la hubieran cobrado los macacos para llevarla en el «richkaw» hasta Suchow?

—Tratamos en ciento ochenta yens para los dos.

—Me los da a mí y asunto concluido. ¿Ve? Ya es usted una simple pasajera y nada me tiene que agradecer.

Levantóse ella y, como sí obedeciera a un impulso de su temperamento cándido pero eslavo al fin, besó en la mejilla al marino, que enrojeció intensamente.

—Gracias, *mister* Maloney. Nunca olvidaré su generosa delicadeza.

—¿No voy a cobrarle el predio del pasaje? Pero… bueno, gracias por el beso amistoso. Es una fortuna que los «coolíes» se han perdido.

Pusiéronse en camino al cesar bruscamente de llover. Cuando se divisaba la esbelta estructura del «Furia», preguntó Sandra:

—¿Lo adquirió usted en un astillero asiático?

—Seguramente sería construido en un astillero de Shangai o del interior. No lo sé, porque pertenecía a Yuan Kang, un pirata fluvial del que usted no habrá oído hablar más que pestes.

—Sí. Me han dicho que es el hombre más poderoso de todo Shangai.

—Dispone de muchos elementos. Bien, está usted ya ante el «paquebot» lujoso que la llevará a Suchow.

Al entrar en la camareta, presentó Maloney

—Mi secretaria Mei-Hsi, *miss* Vronin. Un dechado de perfecciones.

Tendió la mano la rusa, pero Mei-Hsi limitóse a hacer una reverencia.

—*Miss* Vronin dormirá en mi camarote, Mei-Hsi. Yo tengo una hamaca en cubierta.

—No puedo consentirlo, *mister* Maloney. Ocupe como siempre su camarote. Yo en aquel mismo sillón o en una hamaca…

—A bordo el capitán tiene la palabra —dijo sonriente Maloney—. Y usted es una pasajera de primera, que ha pagado en ciento ochenta yens el derecho a estar cómoda. Hasta luego. Tengo que ver cuántos gusanos muertos me han metido en la cala.

Las dos mujeres quedáronse observándose disimuladamente. Al fin, Mei-Hsi repitió su inclinación

—Si *miss* Vronin está cansada, puedo acompañarla al camarote.

—Todavía es pronto. ¿Vives también a bordo?

—Soy la secretaria del Capitán Pantera —dijo ella irguiendo la cabeza—. Y me honra con su amistad fraternal y su confianza.

—¿Capitán Pantera? Extraño apodo. En fin, me dijeron antes de venir a China que no debía extrañarme ante nada. Todo es natural en Asia.

—Sí, *miss* Vronin —replicó lentamente Mei-Hsi—. Todo es natural en Asia. Cuando desee cenar, acudirá a la llamada del batintín.

—Gracias. Procuraré molestarle lo menos posible.

Mei-Hsi salió de la camareta y vino a detenerse junto a Maloney, que inspeccionaba las calas abiertas y medianamente repletas.

—No me gusta. Tiene ojos falsos y es demasiado bonita.

—¿Quién? ¡Ah! ¿La pasajera? Bah, la perderemos de vista en Suchow.

—¿Qué hacía ella en Minghong? ¿Por qué la subiste a bordo?

—Si te lo preguntan dirás que no sabes nada —rezongó Maloney—. Basta que se vean de lejos dos mujeres, para que no esté uno en paz ni pueda vivir tranquilo. Escucha, Mei-Hsi. Tú eres mi secretaria, un buen amigo mío, y ella es una pasajera que me es indiferente. Y nada más.

—¿Puedo humildemente suplicarte que tengas la magnanimidad de narrarme cómo hallaste a esta blanca en un poblado escasamente frecuentado por seres de tu raza?

Ross Maloney examinó de reojo el semblante delicado e impenetrable de Mei-Hsi.

—Tiene pocos abriles para hablar para hablar como un vejestorio henchido de sabiduría y guasa «confuciana».



¿Por qué, entonces, me admitiste a tu bordo?

—Antes de conocerte viví en el error de que la raza blanca vino a obsequiarnos con el don de su cultura, educación y finura.

—No vine a Asía como profesor de modales. Soy tan sólo un mozo de campo, basto y ordinario. Pero tal como soy me encuentro a gusto. Con que, porcelana, ahórrate tus dardos que no me hacen mella, puesto que no presumo de lo que no puedo ser, ya que no frecuenté Universidades. Y, ¡cáscaras!, no charloteemos más. No veo la razón por la que tengo que estar discutiendo con una mujer preguntona.

—Para ti no soy una mujer. Me has honrado eligiéndome como amigo, al que ves con la misma frialdad, según tú mismo has dicho, que si llevase

bigote y pantalones masculinos. No obstante —y la voy de Mei-Hsi se hizo tenuemente mordaz—, conocí hace tiempo a un marino que en Shangai quería casarse conmigo.

—Eso es asunto tan muerto como los gusanos aquellos —y Maloney señaló las pequeñas cajas de mimbre que estaban estibando en la cala—. Y todavía más muerto que ellos, porque los bichitos tienen hebras aprovechables en su interior. Yo, no. Todo lo perdono menos la deslealtad y la burla de los sentimientos nobles. Cometiste ambas acciones.

—¿Por qué, entonces, me admitiste a tu bordo?

—¿Te iba a echar al agua? Yo no te rapté. Fuiste tú quien se impuso como intérprete y como cocinera y… ¡cáscaras!, ¡asunto terminado!

De un salto descendió Maloney a la cala.

Por espacio de unos segundos se desahogó dando largas zancadas entre sus hombres atareados.

Cuando se detuvo, sentándose en un fardo de algodón, murmuró:

—Una mujer levantaría tempestades en un vaso de agua…

Recobró prontamente su temple habitual, y qué con risueño talante que entró en la camareta donde Sandra Vronin, sentada tras la mesa, señaló la ametralladora situada en una esquina y el fusil-ametrallador colgando de un tabique.

—El tráfico en armamentos es un buen, negocio, según creo.

—Es contrabando, y no lo haría así me dieran millones. Porque las armas que los blancos les dan a los macacos, esos, muy sensatamente, las emplean contra los blancos. Esas «herramientas» son útiles de trabajo.

Arqueó las cejas Sandra Vronin, como interrogando.

—Quiero decir que hay que tenerlas a bordo en evitación de posibles ataques. Estas comarcas pululan de bandidos. Habrá oído hablar de ellos: los piratas de río.

—¿Por eso también todos sus tripulantes llevan yataganes y he visto en las bordas hachas?

—Ellos eran piratas. Yo les he convertido en comerciantes —y husmeó el aire Maloney, aspirando con deleite—. Mi secretaria está preparando un suculento «arroz rehogado». Es la mejor manera de aderezar los granitos. Se lavan bien para que suelten todo el almidón, y se les añade pedacitos de pollo, jamón, tocino y camarones, cebolla muy picada, dos huevos batidos y dos cucharadas de la consabida salsa china. No existe plato típico en esta tierra que no lleve la inevitable salsa cuya fórmula no me quiere mi secretaria confesar… ¿Se ríe?

La carcajada de la rusa era suave, de bajo diapasón.

—Causa cierta gracia oírle hablar como un cocinero, después de haberle visto pelear como una pantera.

—Hay que saber un poco de todo para andar por el mundo.

—¿Por qué le llaman Capitán Pantera?

—La inevitable salsa china —dijo riendo Maloney—. Todo lo han de

adornar… Si permaneciese usted a bordo mucho tiempo ya vería como le hallarían en seguida un apelativo. Por ejemplo. «Cielo Místico», o «Reina Azul de los Cerezos»…

—Me contentaría con que me llamasen la Princesa Azul —dijo ella riendo a la par que Maloney.

—No está mal. Cuando usted en Suchow encuentre a su hermano y no la vuelva yo a ver más, la recordaré como la pasajera que en Minghong me pareció la Princesa Azul de los cuentos de hadas…

Cuando Mei-Hsi dejó las fuentes y los cubiertos en la mesa, y se disponía a comer en un rincón de la camareta, como siempre, dijo Maloney:

—Con nosotros, almendrita. *Miss* Vronin no consentiría que tú comieras separadamente como si fueras una criada.

—Las razas no pueden mezclarse tan sólo a la hora de comer, Capitán Pantera —dijo Mei-Hsi, y desaparecer al interior de la cocinilla.

Ross Maloney se encogió de hombros, tornando por testigo a Sandra.

—¿Usted la ha comprendido? No. Yo tampoco. Las mujeres son trastos endiabladamente complicados… ¿Se ríe? Oh, perdón, había olvidado que usted es también una mujer…

—Y olvidar que su secretaría es también una mujer, es quizá la causa de la repuesta que usted no entiende.

—Ni quiero. Ataquemos el arroz. Eso es sólido y seguro y no engaña.

—¿Es usted misógino?

—¿Misógino? ¿Eso qué es?

—El hombre que aborrece a las mujeres y las critica.

—En mi pueblo había un hombre muy culto y decía que la diferencia entre el hombre medianamente inteligente y el tonto consistía en que cuando el medianamente inteligente no comprendía una cosa, decía: «No lo entiendo», y en cambio el tonto que no lo entendía la criticaba. Yo prefiero decir: «No las entiendo». ¿Bueno el arroz?

—Excelente. Tanto como su frase.

—No es mía. Es del caballero que cité. Zarparemos dentro de media hora, y mañana a la medianoche podríamos llegar a Suchow. Pero he preferido dar orden de navegar a media vela, y así llegaremos al amanecer a la que dicen bellísima ciudad de Suchow.

CAPÍTULO IV

EL PERFECTO CANALLA

Suchow: la decaída Venecia china. Una ciudad clásica llena de canales y puentes…

Sandra Vronin, siguiendo en su papel, despidióse de Ross Maloney tan pronto éste la dejó anta el «National Hotel», después de desfilar por la avenida de cerezos juntó al extenso foso que ciñe en su base las vistosas murallas que rodean la ciudad.

Y Ross Maloney ocupó su día entero en compañía de Mei-Hsi, Tian y Ling recorriendo los domicilios suntuosos de varios comerciantes chinos.

Quedó satisfecho de la diestra habilidad con la que Mei-Hsi logró conseguir a buenos precios el restante de carga suficiente para que las calas del «Furia» rebosasen.

Junto a la pasarela de entrada al «Furia», Ross Maloney ondeó la mano, después de dictar sus instrucciones a Tian y Ling.

—Voy a darme un paseo por Suchow. Esto es una ciudad y no Minghong.

—¿A qué hora prepararé tu cena, capitán Pantera? —preguntó Mei-Hsi.

—Cenaré en la ciudad.

—¿En compañía de la rusa?

—En compañía de una cuchara, un tenedor y un cuchillo —rezongó Ross Maloney encasquetándose la gorra.

—A bordo sólo empleas los dedos —dijo Mei-Hsi despectivamente y subió por la escalera con dignidad.

El rostro arrugado en múltiples sonrisas de Tian, hizo sonreír a Maloney.

—Gran chica, ¿eh, viejo? Pero te prefiero a ti. Al menos sólo hablas cuando te pregunto. Hasta luego.

Fué desfilando Maloney por las principales calles. El ambiente exótico no le cansaba aún.

Entró en un iluminado *restaurant* cuya insignia: «Europeans Lunch» le sedujo. Quería descansar de la cocina china…

Intalóse en una mesa, y pidió con deleite varios platos que se le antojaron el «non plus ultra» del refinamiento.

«Porridge con miel, trucha, cordero con nabos y coles, y café»…

Miró primero con indiferencia a un individuo que acababa de sentarse en la mesa vecina a la suya.

Sonrió para sus adentros. Tenía que ser un inglés aquel individuo que para comer en una ciudad antigua perdida en el vasto continente asiático vestía *smoking*.

Un *smoking* bien entallado, y el cuello almidonado atenuaba la fealdad patibularia de un rostro distendido, en eterna sonrisa por la cicatriz que cruzaba una ceja y un pómulo.

Púsose de pronto en pie Maloney corriendo hacia el umbral del restaurante. Acababa de ver pasar a Sandra Vronin…

La alcanzó unos pasos más allá.

—Buenas noches, *miss* Vronin. ¿Y su hermano?

—Sigo su pista.

—Lo celebro. ¿Qué tal le parece si me acompañase a cenar?

—Cené ya. Gracias. Por cierto, *mister* Maloney, he visto entrar en el

restaurante del cual acaba usted de salir, un sujeto del que le recomiendo desconfíe. Es el perfecto canalla. Rapado al cero, tiene dos cicatrices en la ceja y en el pómulo. Viste siempre de *smoking*.

—¿Se ha portado groseramente con usted?

—No. Conmigo no. Pero me dijeron en Hanchow que era un sujeto despreciable. Un canalla asesino, estafador, que engaña a la gente con su inteligente charla.

—En China abundan los blancos poco escrupulosos. De todas formas, gracias por la advertencia. Mañana por la noche zarparé. ¿Puedo ir a despedirme de usted?

—Ya sabe dónde me alojo. Será con gran placer que recibiré su visita. Le presentaré a mi hermano. Buenas noches, *mister* Maloney.

Regresó Maloney al restaurante y encontró al sujeto del *smoking* en pie junto a su mesa, escuchando a un excitado camarero.

—Perdone, caballero —dijo el desconocido—. Por solidaridad racial he convencido al camarero de que usted no se fugó, puesto que estaba tan solo a medio comer.

Ross Maloney examinó al que le hablaba.

—Gracias por su intervención. Me llamo Ross Maloney, americano.

—Soy Malcolm Tresham, inglés. ¿Puedo sentarme a su mesa? Tengo indigestión de amarillos y de cocina amarilla.

Maloney asintió, sin gran cordialidad. Pero el negarse hubiera constituido una grosería innecesaria.

Malcolm Tresham tomó asiento frente al marino.

—El primer tema de conversación entre dos personas que acaban de conocerse es generalmente el tiempo. No hace ni frío ni calor. Agotado el primer tema. El segundo es entre turistas comentar las bellezas de la ciudad. De esta Venecia china son según la fama, las mujeres más bellas de la antigua Catnay. La hermosura y esplendor de Suchow debió impresionar profundamente a los chinos de pasadas edades, porque hay en el país un antiguo proverbio que traducido dice: «Arriba, el cielo; abajo, Suchow». Semejante al neoyorkino que afirma que Coney Island y el Yosemite Park no tienen rival, o el parisino con sus Campos Elíseos, o el español cuando asegura; «De Madrid al cielo».

Secóse la boca Maloney.

—Ha viajado usted mucho por lo visto.

—Lo suficiente para tener la certeza de que en todas partes cambia el decorado, pero permanece idéntico el ser humano. Aunque un capitán mercante como usted ya se habrá dado cuenta de ello.

—Mi cultura es escasa y no percibo los matices diferenciales.

—Sabía conducta y sabia respuesta. Me consuela oírle confesar su desconocimiento de la raza china. He oído alrededor del globo, tantas opiniones, que por eso tengo en el rostro una sonrisa siempre plasmada. Es símbolo de cierta dulce filosofía que me da la facultad de poder sin ser más

ridículo que otro, emitir mis propias sensaciones. Tantas personas como oiga, tantas competentes y doctorales definiciones sobre la mentalidad china. ¡Pobres chinos! Son más de quinientos millones y los quieren clasificar en una sola escala zoológica. «¡Raza de coolies!», dirá uno. «Un ser estafador, mentiroso, eructante». «¡Qué buena gente!». «¡Qué refinados, que cultura tan milenaria!». «¡Qué incultura!». «¡Cuidado! El peligro amarillo…»

Sonrió Maloney terminando su trucha…

—Rebosa usted de cultura crítica, *mister* Tresham. ¿Cuál es su opinión sobre China? Siempre me gusta instruirme.

—Mi opinión es siempre la misma. Me fijo tan solo en lo externo. El exquisito cimbreo de un junco inclinado al borde de un lago… La ola ancha del Yang-Tsé, de cambiantes reflejos mientras bailan los sampanes… Al anochecer un lejano horizonte que parece irreal, con este azul fundido de los primitivos flamencos, y por la noche el difuso azul de la noche estrellada, haciendo destellar el agua del Yang-Tsé al claro de luna, y una tibia brisa emana del río… Es la hora exquisita en que la noche de China nos revela su inolvidable dulzura. Y se levantan sinfonías azules… Tal como la bella señorita que usted persiguió alocadamente volcando su plato de «porridge»…

Aquel inesperado final de una parrafada que empezaba a aburrir al poco poético Maloney, le llenó de sorpresa. Frunció el entrecejo.

—¿Conoce usted a *miss* Sandra Vronin?

—Incidentalmente la he visto algunas veces. ¿Ella me conoce?

—Eso usted lo sabrá.

—Me refiero a si ha mencionado mis cualidades.

—*Miss* Sandra Vronin tiene cosas más importantes en que ocuparse para perder el tiempo en hablarme de usted. Busca a su hermano.

—Siempre me ha encantado la franqueza americana. Me produce cierta satisfacción ver que existen seres bondadosos que hablan con claridad. La misma satisfacción como cuando compruebo los inútiles esfuerzos de cándidos piratas chinos que intentan detener con moles de paja la marcha de un tren para asaltarlo. Naturalmente si a esos piratas les manda un europeo entonces pierden ya su candidez. Y es de lamentar, porque en un mundo tan corrompido, la bondad y la candidez deberían ser sagradas e inviolables.

—Es usted algo desconcertante, Tresham. Pero su charla, aunque e veces no la entiendo, me entretiene. ¿Será acaso un amargado filósofo de esos que llaman cínicos?

—A mí en Shangai me llaman el «perfecto canalla» —sonrió Tresham con los labios.

Sus ojos pardos, malévolos, examinaron a Maloney que reía a carcajadas, como un colegial divertido.

—Excúseme, Tresham. Me hizo gracia, porque tengo la debilidad de admirar la cualidad de ser sincero.

—Hay aparentes sinceridades que encubren propósitos inconfesables. ¿Sabe usted para qué estoy en Suchow?

—Los británicos suelen ser muy amantes de viajar.

—Me aburre ya el viajar. Vine a Suchow porque tengo que llevarme a Shangai a un animal vivo, un animal traidorzuelo como los hampones que traicionan a su jefe. ¿Puedo contarle una anécdota? Encontré una vez a un americano, no recuerdo su nombre, que capitaneaba un velero pirata. Era ladrón y mataba a sangre fría. Sin embargo tenía un aspecto juvenil, sano, honrado… parecido al suyo, *mister* Maloney. Por lo visto en América hay un patrón común por el que confeccionan semejantes al que es despreciable como el americano al que aludo, y que es leal e ingenuo como usted. Y le recitaré al americano en cuestión, engañado por su aspecto, una poesía, más bien un cantar al que oí una vez…

Y con el rostro más sarcástico que nunca canturreó Tresham:

«Deja tu alma volar;
huye la vida vulgar.
De nada sirve poner
ni en un hombre amistad
ni un amor en mujer.
Si por la vida vas
noblemente
y el corazón le das
a la gente,
verás con el correr
de los años
tan sólo recoger
desengaños.
Tu torre de marfil
cierra al mundo;
la vida no es gentil
ni leal.
Aquello con que sueñas
llenar toda tu vida,
después de tanta lucha
es ilusión perdida».

—Canta usted bien —ironizó Maloney—. ¿Y qué le cantó el americano?

—En otra ocasión se lo diré —y apuró Tresham el «Whisky» que había pedido—. Un marino como usted frecuentará toda clase de ambientes. ¿No ha oído hablar de la ley del hampa?

—Dicen que es ser fiel al jefe y que quien quebrante esta ley dura muy poco. Pero son meros formulismos. También los lobos entre si se muerden y se traicionan… Usted lo sabrá mejor que yo puesto que reconoció antes que en Shangai le apodan «el gran canalla».

—La masa vulgar se guía por las apariencias. Yo llevo cicatrices, tengo

un rostro repugnante, y todos me califican de presidiario evadido, y solo inspiro confianza a los que desean que alguien apriete el gatillo por cuenta de ellos y riesgo propio.

—¿Sólo por la apariencia le llaman «el perfecto canalla»?

—Me gusta un «whisky» a tiempo, juego porque la incertidumbre es la única realidad emocionante. Las mujeres me distraen por lo bobas que son. Pido dinero prestado cuando carezco de dinero, y siempre lo devuelvo.

—¿Piensa pedirme a mí dinero en préstamo?

—Por ahora no. Cuando lo pido lo devuelvo, o si no, no me prestarían otra vez.

—¿A quién piensa asesinar cuando no tenga ya dinero ni quién le preste?

—Se verá… A usted por ejemplo… Pero dejado aparte todas estas minucias, soy un hombre irreprochable.

—Su cinismo me asquea, y creo sinceramente que es usted un canalla. Pero su franqueza no me disgusta. Aunque creo que carece usted de vergüenza.

—La vergüenza es un lujo muy caro. No me lo puedo permitir.

—Tuve siempre la opinión de que los ingleses eran seres fríos, flemáticos, correctos…

—Esos son los ingleses corrientes, normales, bien educados…

—¿Entonces reconoce que es usted un inglés mal educado?

—Sí. Una especie de norteamericano —dijo Tresham encendiendo un cigarrillo.

Crispó los puños Maloney, pero dominándose sonrió:

—Es que yo soy americano inculto, Tresham.

—¿De veras? No me había dado cuenta… Pero creo que antes hablamos de que las apariencias engañan. Parece usted un honesto muchacho con una espléndida carrera mercante. ¿Lo es Usted?

—No le importa lo más mínimo, Tresham.

—No insisto. Me basta su diplomática insinuación. ¿Piensa permanecer muchos días en Suchow?

—Mañana por la noche zarpo. Rumbo a Shangai.

—Tengo que llevar a Shangai a un animal vivo, como antes le dije. ¿Hay pasaje a bordo de su barco?

—Si lo paga por anticipado, quizás.

—¿Cuánto?

—Si durante la travesía no le veo y no le oigo, son cien dólares.

—¿Y si desease compartir su mesa?

—Setenta y cinco.

—¿Cuál es el motivo de la reducción?

—Me desconcierta usted, Tresham. Tengo deseos de pegarle una paliza, y a la vez pienso que hay algo bueno en usted.

—Gracias. Me temo que tendré que volver a cantarle la canción de antes en una futura ocasión.

Introdujo Tresham su mano en el bolsillo izquierdo de su chaleco blanco. Sonrió con los labios, y quitando la mano la introdujo en el bolsillo derecho del que sacó un rollo de billetes de Banco.

Contó despaciosamente diez billetes de diez dólares que colocó delante de Maloney.

—Cien dólares. Pago anticipado, capitán.

Sonrojóse el marino, pero recogió los cien dólares.

—Durante la travesía pienso dormir. He hecho un viaje fatigoso hasta llegar a Suchow. En Shangai reanudaremos si quiere una íntima conversación.

—Oiga —dijo secamente Maloney—. ¿De qué clase y pelaje es su animal? No se crea que voy a admitir a alguna fiera o a ningún elefante blanco. Mis calas van llenas.

—Es un bicho traidorzuelo, difícil según me han dicho de cazar. Pero ocupa poco lugar. Un cuervo rojo. ¿Sabe estos cuervos del Hpeh de plumas rojas

—No sabía que era un bicho traidor…

—Sí. ¿No oyó usted el dicho: «Cría cuervos y te sacarán los ojos»? Un refrán que puede también aplicarse a la víbora que muerde el seno que la anida. Buenas noches, Maloney,

—Hasta mañana. ¡Ey! Páguese sus dos «whiskys», amigo.

—Un olvido que pensé no me echaría en cara —dijo dignamente Malcolm Tresham.

Y tras pagarle al camarero abandonó el restaurante. Tardó dos horas en conseguir informarse del alojamiento de Sandra Vronin.

El gerente del «Crowns» apreció el buen corte del *smoking* y la excelente línea del sombrero fieltro.

—¿*Miss* Sandra Vronin? Creo que hace unos instantes llegó. A quién anuncio?

—Malcolm Tresham. Dígale que es un asunto urgente relacionado con la caza de la pantera.

Puliose Tresham las uñas en la solapa del *smoking*, mientras oía al gerente comunicar por teléfono su mensaje.

Instantes después en la antesala de su alcoba, Sandra Vronin, sentada, mantenía sobre sus rodillas un bolso entreabierto… en cuyo interior ocultaba su diestra.

Malcolm Tresham, tras una llamada con los nudillos, entró lentamente. Examinó el conjunto de la habitación, y vino a sentarse frente a ella.

—Hola, Princesa Azul. Extraña coincidencia. Creo que la última vez que nos vimos, fue en Shangai. Vengo ahora a renovarte la proposición que allí te hice.

—¿Cuál?

—Compartir los beneficios. Quince mil para ti, quince mil para mí.

—Esa oferta te la hice yo. Y la denegaste.

—De sabios es mudar de parecer —dijo Tresham cruzándose de brazos.

—Y de sinvergüenzas como tú, es intentar sacar aún partido de lo que está perdido para ellos. Yo fui la primera en dar con Maloney y me pertenece.

—Eso no es el juego infantil de: «Yo vi primero la manzana, yo me la como»… ¿No te resulta molesto mantener encima de tus rodillas ese bolso? No estamos en ninguna recepción…

—Sabes sobradamente lo que contiene…

—Me figuro que será un detestable y explosivo instrumento sembrador de plomo… Una culata fría que va entibiándose por ser manoseada. Si puedo describirte tan a lo vivo esta impresión, es porque mi mano rodea también otra culata, Sandra.

Seguía el inglés con los brazos cruzados. No se le veían las manos…

—Siempre he meditado en el consuelo que supone morir, sabiendo que a la vez muere quien nos concede esta dicha. En otras palabras, Princesa Azul; cuando de tu bolso salga humo, estropearé mi chaleco quemándolo. Y mi chaleco vale más que tu bolso. Me lo confeccionó Graham, el mejor sastre de Sevile. Me gustan tus manos, Sandra. Ocultar una de ellas es un crimen antiestético.

Lentamente extrajo Sandra la mano derecha, y dejó resbalar el bolso. Encendió un cigarrillo y Tresham la imitó. Después manoteó ágilmente, como un prestidigitador.

—Mil quinientos dólares en cada mano, Princesa Azul. Eso vengo a ofrecerte. Confiaba en que no darías con la pista de Maloney. Pero soy juicioso. Juguemos limpio y vayamos a medias.

—¿Por qué? Maloney confía en mí y me seguirá por donde yo quiera, cuando le diga que no he hallado a Piotr Fedorovitch Vronin, mi queridísimo hermano.

Los ojos pardos de Tresham brillaron malignos al oír mencionar los dos nombres patronímicos ruso.

—Hay un error, Princesa Azul, No tienes probabilidades de enamorar a Maloney. Lo deslumbras nada más. Desgraciadamente he adquirido demasiada experiencia en mis viajes. Los norteamericanos son de dos clases: cerebrales y sanos. Los celébrales quieren que su mujer sean llamativas, ociosas, inútiles, para que sus amigos le envidien. El americano basto, que no se complica la existencia con cerebralismo, elige por compañera una muchacha sencilla, casi insignificante, cuya belleza solo se descubre tras observarla con detención en su conjunto. Y tú eres llamativa, explosiva, detonante…

—No pretendo casarme con él —sonrió ella—. Me bastará llevármelo a Yuan Kang.

—No comprendes. Maloney es un mozo verde. No entiende de «flirts».

—Buscas inexistentes complicaciones para intentar demostrarme que necesito de ti.

—Al menos sabes que mi incompetencia es peligrosa. Te vi pasar delante del restaurante, andando con lentitud, la suficiente lentitud para que a través

de los cristales te viera el americano. Te agradezco que no le hablases de mí.

—La ley del hampa es también no delatar…

—Mal la cumples, Princesa Azul. Pero no soy rencoroso, porque sé que el rencor sólo molesta a quien lo experimenta. Me limito a matar cuando una persona me es excesivamente odiosa… Algún día quizás lo haga contigo, Sandra. Pero aún es pronto. ¿Qué le dijiste a Maloney de mí? No, no quieras recoger tu bolso. Es pronto para disparar, Sandra. Aguarda a que en Shangai hayamos terminado esta labor.

—¡No le hablé de ti para nada!

—Hay dos expresiones con las que suelen mirarme los que me conocen. La primera vez me miran con curiosidad: «¿Será posible tal fealdad? Viste elegante…» La segunda vez cuando ya les han informado de quién soy me miran con recelo, con desprecio… Como me miró Maloney al volver de su carrera tras tus lindas piernas. No creo que le citaste mi misión por las siguientes conclusiones: cuando entró de nuevo le aguardé con la diestra en mi bolsillo del chaleco. No se lanzó sobre mí. Por tanto no sabía que yo deseaba cazarle. Pero estaba informado de quién era yo según la «vox populi», puesto que me miraba con desprecio.

—Le dije que desconfiara de ti porque eras un asesino a sueldo, un timador, un canalla… Nada más.

—¿No te olvidarías de decirle que si bien canalla lo era perfecto? Es mi prurito; no quiero ser imperfecto. Fué un error tuyo, Sandra. Para un aventurero como Maloney, joven aun, yo le resulto curioso, un objeto digno de estudio.. Y querrá estudiarme porque quiere instruirse.

—Tendrás tiempo sobrado para servirle de maestro. Piensa estarse en Suchow una semana.

—Gracias por el informe. ¿Una semana? Entonces tengo tiempo de ir a visitar algún poblado del interior. ¿Juego limpio, Princesa Azul? No nos engañaremos mutuamente, ¿verdad?

—Por mi parte no pienso hacerlo.

—Loba… —susurró Malcolm Tresham, levantándose y dirigiéndose a la puerta pero andando hacia atrás—. Hasta mañana por la noche, Sandra.

—¿Mañana por la noche?

—Supongo convencerás a Maloney de que tu hermano no está en Suchow, y él sin saber que no hace más que lo que tú deseas, te sugerirá le acompañes como pasajera a Shangai. Y zarpará el velero mañana al crepúsculo contigo… y conmigo.

Sandra Vronin encendió otro cigarrillo, pero su aspecto nada tenía de amable.

—Eres inteligente por lo que a tu atavío respecta —dijo Tresham desde la puerta que acababa de abrir—. Tienes los dientes blancos y por eso no te pintas los la labios. El carmín sirve a las mujeres para evitar que sus dientes luzcan como son. Los tuyos son blancos, y parecen cándidos. Y tus labios sin carmín parecen incapaces de mentir. Lástima que no haya carmín para

encubrir la suciedad de tu cerebro.

Al cerrarse la puerta, Sandra Vronin siguió fumando con indolencia. Había decidido que Malcolm Tresham muriese lo antes posible.

Sabía ella también leer en las miradas. Y en los ojos malévolos de Malcolm Tresham alentaba aquella noche una expresión de odio y desprecio que antes no ostentaban…

CAPÍTULO V

ABORDAJE

A las cinco de la tarde, Ross Maloney pidió al gerente del «Crowns» ser recibido por Sandra Vronin.

La eslava exteriorizó un sentimiento dispar, explicando la razón de su apesadumbrada alegría.

—Buenas tardes, *mister* Maloney. Estoy contenta, muy contenta y a la vez, tengo mala suerte. En la legación me han dicho que si hubiese llegado tan sólo hace cuatro días hubiese encontrado a mi hermano. Ahora está en Shangai. Ha obtenido un empleo en la Sociedad Geográfica de Shangai, en los laboratorios, y allí le encontraré. Pero tengo mala suerte porque son tantos mis deseos de volverle abrazar, que los segundos se me harán siglos antes de encontrarme en Shangai.

—Pero al fin ha dado ya con el paradero de Piotr Fedorovitch. Y no tiene mala suerte, hoy es viernes y a las nueve de la noche sale para Shanghai el tren de los concesionarios ingleses. Va escoltado y no correrá el menor riesgo. No me queda más que desearle buen viaje. Y sí la fortuna no me es adversa, nos veremos en Shanghai.

La íntima decepción de Sandra Vronin no fué visible. Adoptó un aire de colegiala castigada.

—Yo le creí, amigo mío, *mister* Maloney.

—Lo soy. ¿Lo duda?

—Me había hecho la ilusión de que usted, puesto que ha de volver a Shanghai, me llevase a bordo.

—No puedo. Créame; no puedo. Si sólo de mí dependiera, ya le habría hecho esta oferta.

—Viajaré más tranquila con usted que en el tren. ¿Quién le impide?

—Escuche. Tengo por pasajero al que usted me advirtió desconfiara de él. El inglés llamado Malcolm Tresham. Y es una mala compañía.

—Fútil pretexto, *mister* Maloney. Bien se guardaría Tresham de ofenderme a bordo de su barco. Diga mejor que no quiere verme más…

Y adoptó ella un aspecto de ultrajada amistad.



...nos veremos en Shanghai

—¡Cáscaras! Me obliga usted a decirle algo secreto. Mientras remonté el río no hubo peligro y por eso la tomé como pasajera. Pero ahora las cosas han cambiado. En el delta me estarán esperando a lo mejor alguno de los veleros de Yuan Kang. ¿Recuerda que me preguntó si había yo adquirido el velero en un astillero chino? Se lo «birlé» a Yuan Kang. Me hizo una jugarreta sucia y yo detesto la deslealtad. Transijo con todo menos con el engaño abusando de la buena fe de uno. Me hizo arriesgar el pellejo para conseguirle un collar de rubíes, por el que me ofreció cinco mil dólares. Y había ordenado que a mi regreso con el collar me matasen… Me limité a quedarme con el «Furia» para que escarmentase. Pero, por los visto, ahora quiere buscarme las cosquillas y

envía a toda su gente a por mí. O sea, que es peligroso para usted el estar a mi bordo. Los piratas de río no se andan con florituras, y si me atacasen, me intranquilizaría saberla a bordo.

Desde hacía unos instantes la mente de Sandra Vronin trabajaba laboriosamente. Sonrió dulcemente.

—Voy a hablarle también yo con entera franqueza, *mister* Maloney. Me hubiese gustado mucho ser de nuevo su pasajera, pero no quiero constituir un estorbo.

—Así me gusta, Sandra. Es usted una muchacha sensata.

—Tengo que explicarle el porqué insistí en venir con usted. No ignora que en China, hay secretos que los blancos saben. En la delegación de Emigrados, el encargado, al hablar yo incidentalmente de usted y su valiosa ayuda, me contó algo que no me atrevo ni a repetírselo. Al fin y al cabo, Malcolm Tresham es un perfecto canalla, pero es un semejante nuestro, porque es un ser humano. Y me temo que si le explico lo que me ha contado el encargado de la Legación, usted matará a Malcolm Tresham.

—Oiga, *miss* Vronin. No me confunda. Yo no mato hombres como el que se fuma un cigarrillo. Me limito a evitar a que me maten a mí.

—Malcolm Tresham ha venido tras la pista de usted. Yuan Kang le ha ofrecido treinta mil dólares para que él le lleve engañado e indefenso a Shangai, pero vivo. Si Malcolm Tresham, que es un asesino a sueldo, le matase a usted, moriría por orden de Yuan Kang.

Ross Maloney echóse hacia atrás la gorra, rascándose el mechón delantero. Iba atando cabos…

—Por eso quería yo venir a bordo, *mister* Maloney —siguió ella diciendo —. Para vigilar a Malcolm Tresham, porque yo le profeso a usted una fraternal amistad.

—Ya comprendo ahora porque tenía el tanto interés en hablarme. ¡Valiente canalla! Se alía con un macaco para matar a un blanco como él. Le va a salir el tiro por la culata, gracias a su aviso, *miss* Vronin. Muy agradecido le quedo, quede tranquila. El «animal vivo» que Malcolm Tresham decía iba a cazar, le va a resultar muy animal…

—Quiero que me prometa una cosa, *mister* Maloney. Apenas pise el puerto de Shangai, venga a verme. Quiero tener la certeza de que todo ha salido como yo deseo… y que usted permanece siempre tan jovial sin el menor daño.

—Rece por Malcolm Tresham, *miss* Vronin. ¿Dónde se alojará usted en Shangai?

—En el hotel «Ambassadors». Buen viaje, *mister* Maloney.

Y de nuevo la eslava, fraternalmente besó en la mejilla a Maloney, que le palmoteó el hombro como a un compañero.

***

El «Furia» había terminado de cargar. Sus hombres iban ocupando sus puestos de maniobra, y Ross Maloney en el entrepuente vió subir a Malcolm Tresham por la escalerilla llevando dignamente una jaula en la que un pajarraco de rojo plumaje croaba excitado.

—Buenas noches, capitán —saludó Tresham—. Ya tiene usted a dos pasajeros más. Su velero se está convirtiendo en un barco de turismo.

Ross Maloney rió sin ganas.

—¿Cómo se llama este lindo pájaro? ¿Llamémosle «Ross»? Yo también tengo el plumaje colorado —y Maloney se señaló los propios cabellos.

—De acuerdo. Llamémosle «Ross». ¿Dónde colocaremos a «Ross» mientras esperamos el feliz momento de llegar a Shangai?

—Tráigalo a mi camareta. No quisiera que se resfriara en la cala.

Obedeció Tresham y al entrar en la camareta depositó la jaula junto a la ametralladora.

—Tiene una hamaca, tendida a cubierta protegida del viento. Para comer no tiene más que avisar a mi secretaria, *miss* Mei-Hsi.

—¿«Maesy»? —pronunció el inglés—. Margarita. Bonito nombre, aunque muy corriente. ¿Es la señorita tras la que galopó usted?

—No. Aquella se llamaba Sandra y se ha quedado en tierra. *Miss* Mei-Hsi es china. Una oriental muy instruida… y como usted aficionada a eso que en Inglaterra llaman «humorismo», y también «ironía». Pero ella se distingue de usted en que es leal, y nada tiene de canalla.

—Es que será aún muy joven. Yo ya tengo cuarenta y cinco años. Pero los llevo bien, ¿verdad?

—Procure llevarlos el mayor tiempo posible. Y oiga, no se mueva mucho a bordo por la noche. El río nada tiene de seguro y podrían confundirle con un esbirro a sueldo de Yuan Kang.

Y sin añadir otra palabra, alejóse Maloney para ordenar la maniobra de salida del puerto de Suchow.

Malcolm Tresham quedóse observándolo. Se contrajeron sus pupilas… Acababa de pensar que al no estar a bordo Sandra Vronin, todo era posible, y la última alusión a Yuan Kang de Ross Maloney daba pábulo a la suposición de que la eslava hubiera puesto sobre aviso al joven marino.

Cuando el «Furia» a favor del viento, dobló el estuario del Whangpu y quedó la ciudad de Suchow invisible tras espesos boscajes, varios silbidos agudos llamaron la atención de Malcolm Tresham, que salió a cubierta.

Iluminado por una linterna colocada a sus pies, Ross Maloney encaramado sobre un entarimado, hablaba a sus hombres reunidos en círculo a su alrededor.

—Dos noches nos quedan antes de llegar a Shanghai. Nadie dormirá a bordo. Al que sorprenda roncando, le convertiré el soplo en definitivo estertor de muerte. Muchos sabéis que de piratas cobardones que raptaban mujeres y asesinaban indefensos pasajeros, os he convertido en honrados comerciantes. Sabéis también que este velero pertenecía a Yuan Kang antes de que yo me lo

apropiase. No somos traidores a Yuan Kang, puesto que Tian y Ling os habrán explicado ya que el primer traidor fué Yuan Kang al decretar mi muerte engañándome. Me envió a una misión peligrosa que yo cumplí. Una misión en la que habían fracasado sus mejores. ¿Qué obtuve como recompensa? El piloto Tcheng me aguardaba para recoger el botín y matarme. Cuando un jefe traiciona a sus hombres deja de ser un jefe. Y ahora Yuan Kang quiere cazarme vivo, sin duda alguna para torturarme cordialmente. Por tanto, es muy posible que haya mandado alguno de sus barcos con la misión de intentar capturarme. ¿Recordáis los macacos que nos barrieron la cubierta a metrallazos antes de llevar a Minghong? Tenían por orden no dejar a un solo de vosotros con vida. En cambio, a mí no pueden herirme. Por lo tanto, hay que estar prevenidos contra todo posible ataque. Tenemos que salir vencedores, puesto que por no herirme, lucharán con cautela. Pero no deben abordarnos por sorpresa. Yuan Kang era el Rey del Gran Canal. Procuraré que de ahora en adelante desaparezcan sus asesinos del Gran Canal. A vuestros puestos de combate.

Malcolm Tresham volvió a entrar en la camareta, sentándose tras la mesa. Ross Maloney vino a sentarse a su lado, desabrochándose la guerrera.

—Me parece que le oí chapurrear a gritos en la jerga piratesca del Gran Canal, capitán —dijo Malcolm Tresham, que había entendido perfectamente cuanto acababa de decir Maloney a los tripulantes del «Furia»—. ¿Cada vez salen de puerto les dirige un discurso?

—Sólo en determinadas ocasiones. ¿Lleva usted armas, Tresham?

Y el índice de Maloney se apoyó en la almidonada pechera del inglés.

—¿Quién no las lleva para andar por zonas como ésta? Pero no dispongo de su arsenal. Una sencilla automática con siete balas. Presumo de ser un excelente tirador.

—Se lo pregunté no porque tema por mí —dijo Maloney con irónica sonrisa—. Sé muy bien que un blanco no mataría a otro blanco cuando ambos están perdidos en extensiones pobladas de piratas amarillos que desearían poderles capturar. Era exclusivamente para advertirle que sería muy posible que algún velero de Yuan Kang intentase abordar el «Furia».

—Puede contar conmigo. Me bastará con aquella ametralladora. Tengo gran interés en que nada le ocurra, Maloney.

—¿Sí? ¿Y a qué se debe tal fraterno interés?

—No quiero que el «Furia» se quede sin capitán. Y mi cuervo ha de llegar vivo a Shanghai.

—¿«Ross»? —preguntó Ross Maloney—. No se intranquilice. Le prometo que «Ross» llegará muy vivo a Shanghai. Ah, aquí le presento a *miss* Mei-Hsi.

Levantóse el inglés y ceremoniosamente inclinóse, mientras asiendo la diestra de Mei-Hsi depositaba en ella un beso.

—Malcolm Tresham —presentóse a sí mismo el inglés—. Admiro la sin par delicadeza de su secretaria, Maloney. Estoy tan hastiado de europeas

seudointeligentes, que cuando veo a una flor de loto filósofa me siento agradecido a Confucio.

—Gracias, *mister* Tresham —replicó ella sonriente—. Pero no he tenido el honor de dirigirle la palabra hasta ahora. ¿Cómo supone, pues, que soy inteligente o filósofa?

—Dejando aparte el sedimento de miles de años de civilización, la supongo superinteligente… porque puede soportar al capitán Maloney.

—Más que cínico es usted un sujeto grosero —rezongó Maloney.

—Abandone la ironía, Tresham. Ha llegado la hora de la verdad —y sonrió Maloney—. Me refiero a la pitanza. Vamos a comer. Avisa a Moing, almendrita. Tú comerá con nosotros y Moing servirá la comida. No rechistes, ni me salgas con frases raras. Yo mando a bordo y no estoy dispuesto a que le sirvas de camarera a Tresham.

—*Mister* Tresham —corrigió Mei-Hsi—. Te convendría contagiarte un poco de los modales británicos de *mister* Tresham.

Y cuando hubo ella salido, el inglés murmuró con sarcasmo:

—¿Quién manda a bordo, Maloney?

—¡Ella! Porque es mi maestra. Pero si quiere que cenemos en paz, Tresham, emplee su ironía en otro sentido.

—Cuando ceno solo, solo pienso en cenar.

Una hora después, Malcolm Tresham se tendía en su hamaca. Desde la camareta, Mei-Hsi manifestó su opinión:

—Es muy ameno tu amigo. Ross. El sí que ha frecuentado universidades.

—No lo dudo. Pero después de las universidades, habrá frecuentado lugares mucho más instructivos. Y ahora, te encerraras en tú camarote, Mei-Hsi. No quiero que salgas para nada.

—Soy tu humilde servidora —dijo ella íntimamente gozosa, ¿Estaría celoso?—. ¿Temes que el inglés me galantee?

—Del inglés todo es de temer menos eso, palomita. Lo que temo es que Yuan Kang envíe al encuentro del «Furia» a una comisión de festejo para recibirme con todos los honores. O sea, que desaparece y qué no te vea hasta mañana a las ocho.

Durante toda la noche, Ross Maloney oteó incansablemente los oscuros meandros por los que se deslizaba el «Furia».

En la sinfonía de azules de la noche empezaban a engarzarse los perlados grises del amanecer, cuando Ross Maloney dejó caer sobre su despechugada guerrera los gemelos con los que había estado penetrando la oscuridad del río.

Quedaron, los anteojos colgados de su correa, mientras Maloney quitábase la guerrera y la camisa que arrojó hacia la camareta.

Dirigióse a proa, hacia el compartimiento donde sólo él podía entrar. Volvió a salir portando dos cajas de madera una bajo cada brazo y que a juzgar por la hinchazón de sus músculos y la lenta marcha con que las llevó, debían pesar mucho…

Las colocó en el interior de otra caja mayor empotrada en cubierta y de

tabiques de metal. Había sido aquella una obra en la que ocupó dos semanas de su ocioso reposo en el mar abierto.

Levantó la tapadera de una de las cajas. Sobresalieron cuatro hileras de manos de madera: las granadas «piña».

La otra cubierta al levantarse mostró el contenido de la segunda caja: cartuchos de dinamita.

—¡A vuestros escondrijos! —gritó.

La voz de aviso despertó una repentina actividad entre los cien tripulantes del «Furia», que dividiéndose en dos grupos fueron a agazaparse bajo las lonas tendidas contra las bordas.

Oyóse tan sólo el repiqueteo metálico de las hachas y los sables…

Ross Maloney entró en la camareta de donde salió empuñando su fusil ametrallador, y vino a sentarse indolentemente en el reborde de la gran caja metálica… A sus pies había un megáfono, el instrumento cónico que, ampliando la voz, permitía hacerse oír a larga distancia , de bordo a bordo…

Nunca fumaba. Sin embargo, encendió un grueso «Grey»…

El Whanghpu desfilaba mansamente ahora por entre dos riberas pobladas de altas moreras y sauces.

Ling al timón sabía cuál era su obligación en caso de alarma, y al divisar las dos lejanas siluetas de dos veleros aguardando a unas cinco millas delante de la proa del «Furia», maniobró hasta lograr que el velero-sampán rozase casi la ribera oeste.

Era la orden de Maloney. Así no cabía la posibilidad de un abordaje por ambas bandas.

—En el silencio expectante, una voz gangosa gritó:

—¡Atención, atención, Ross Maloney!

Procedía de uno de los veleros, ya cercano el «Kopei», mandado por el escocés MacCullam, y a las órdenes de Yuan Kang.

Angus MacCullam contaba en su haber una docena de asesinatos, y por eso era uno de los favoritos de Yuan Kang para las expediciones en las que los piratas del Gran Canal incendiaban y saqueaban poblados indefensos.

—¡Ross Maloney a la escucha —gritó por el megáfono al interpelado.

—El jefe desea hablar contigo —fue diciendo Angus MacCullam—. Te invito a subir a mi bordo.

—¡Idiota! —exclamó Maloney—. ¿Te crees que soy un niño chino? Lárgate a toda vela… No quiero hundir tu velero de asesino… Sé sobradamente que vienes por mi pellejo…

—¡Ríndete, imbécil! —aulló por el megáfono MacCullam—. ¿No ves al «Suaranghi» a mi babor?

—Lo veo. Y le digo a su capitán, el malayo Bloeng, el cerdo mestizo de holandés criminal, que acepte mi consejo. Largad velas…

Los dos veleros fueron progresivamente aumentando de volumen al lanzarse hacia el «Furia»…

En las dos cubiertas apiñábanse los piratas chinos blandiendo sus

yataganes y hachas. Otros empuñaban las largas pértigas rematadas en garfios, para aferrar las bordas del «Furia» y entrar al abordaje…

Ross Maloney encendió con el cigarro el extremo de una larga mecha que dejó colgante de su cuello…

Tiró el cigarrillo y su mano zurda desapareció en el interior de la caja metálica…

—¡Por última vez! —advirtió—. Seguid vuestra ruta de crímenes, pero dejadme a mí en paz… Soy un honrado comerciante…

Los dos veleros estaban a veinte metros del estribor enemigo… Las instrucciones de los tripulantes del «Furia» repetidas incansablemente por el viejo Tian, eran que dejasen clavarse en la borda los garfios, y solo entonces abandonar su escondrijo, pero sin intentar penetrar en las cubiertas enemigas…

Reapareció la mano de Maloney empuñando un cartucho que aplicó por el extremo rematado en una tenue mecha con la roja incandescencia de la mecha que llevaba colgando del cuello…

El «Furia» pareció ser aprisionado por una gigantesca zarpa, inmovilizándose… A la vez los dos veleros «Kopei» y «Suaranghi» habían entrado al abordaje…

El cartucho describió una parábola luminosa casi invisible en el lívido amanecer… Tras él le imitaron en su arco y sucesivamente, varias granadas de «piña» lanzadas consecutivamente y a toda voleo con ambas manos por Maloney, que era ya un luchador preso por el furor combativo…

Elevóse una cacofonía ululante de gritos… Los tripulantes de los dos veleros atacantes se animaban ferozmente para el combate, esperando que las tres bordas estuvieran adheridas…

Las explosiones horrísonas fueron estallando una tras otra, y los destrozos que causaban en los dos veleros fueron repercutiendo en sacudidas que bamboleaban el «Furia».

Crepitó monótona y rabiosamente una ametralladora…

Maloney percibió en un segundo de sorpresa, la figura de Malcolm Tresham, impecable en su *smoking*, sentado al sillín de la ametralladora «Maxim», que acababa de instalar en cubierta…

Los gritos aumentaron al levantarse los tripulantes del «Furia» y detener a hachazos y golpes de yatagán los primeros invasores…

Sucesivamente lanzó Maloney una decena de granadas hacia los puntos claros donde no brotaba ni humo ni llamas…

Remató lanzando tres cartuchos de dinamita… Y para acompañar las estruendosas explosiones, barrió con ráfagas de su fusil ametrallador las dos cubiertas…

Como peleles abatidos por un mortal vendaval, los piratas de los dos veleros quebrábanse cayendo apiñados…

Malcolm Tresham imperturbable imprimía a su ametralladora un movimiento semicircular, repitiendo incesantemente de derecha a izquierda y

de izquierda a derecha…

—¡Cortad los garfios! —gritó Maloney con el megáfono, para hacerse oír entre el ruido de las explosiones y el crepitar de la ametralladora…

Los hachazos fueron cortando las pértigas que sujetaban entre si las tres embarcaciones…

El ataque de Ross Maloney había sido tan activamente inesperado, que el «Kopei» y el «Suaranghi» escorados, destronadas sus estructuras, bandeaban entre humo, incendiados…

Hundiéronse lentamente, y pronto unos anchos círculos concéntricos indicaron el sitio en que hablan hallado su definitiva tumba los dos valeros de Yuan Kang con sus tripulaciones…

Elevóse en la cubierta del «Furia» una melopea cadenciosa acompañada por el salmodiar de Tian, que batiendo el tambor, cantaba alabanzas en loa «del Capitán Pantera, el invencible, dominador del trueno y del rayo».

Y la tripulación a coro repetía las palabras de Tian, el viejo pirata chino…

Recogió Maloney del interior de la protección metálica, las dos cajas semivacías, que fué a encerrar en su polvorín particular.

Cuando regresaba a la camareta, vio a Malcolm Tresham que señalaba a dos chinos la ametralladora, indicándoles a la vez la camareta. Llevaronse entre los dos la máquina al interior…

Ross Maloney en su camarote hundió el rostro en la palangana, y fué frotándose con inusitado vigor…

Encontró a Malcolm Tresham sentado ante una taza de té que acababa de servirle Mei-Hsi.

—Un espectáculo entretenido —dijo Tresham entre sorbo y sorbo—. Maneja usted los explosivos con gran delicadeza, Maloney. ¿Era usted minero, allá en Yanquilandia?

—Granjero. Ordeñaba vacas y segaba trigo —dijo hoscamente Maloney sentándose junto a él, y bebiéndose de un trago la taza de té—. Tráeme otra, Mei-Hsi. Tengo sed.

—No parece muy contento por su rápido y espectacular triunfo. En el «Madison» estaría ahora voceando el «speaker» anunciando un «k.o.» fulminante de los boxeadores Bloeng y MacCullam a manos del experto y contundente pugilista Ross Maloney, alias el Capitán Pantera y Dinamitero.

—Asistido por su segundo, el Ametrallador Tresham —dijo siempre con hosquedad Maloney—. Debería darle las gracias, ¿no? Con su gatillo me ayudó usted.

—No me quedaba más remedio, por dos razones. Si hubiesen vencidos los otros, a estas horas estaría yo con el *smoking* hecho tirillas a la par que mi piel.

—¿No se calla la segunda razón?

—No. La segunda razón es que tiene que llegar vivo a Shanghai el bicho llamado «Ross».

Ross Maloney echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el tabique junto a la culata del fusil ametrallador.

Examinó a Malcolm Tresham como quien mira a un fenómeno. Rió por fin en secas carcajadas…

—Reacción tras el combate —opinó Tresham seriamente.

—Quizá. Y también… porque me intriga usted. Instintivamente tengo, al verle, dos deseos: matarle… y estrecharle la mano.

—Son dos cosas opuestas, Maloney —sonrió Tresham con los labios—. Usted no creo que suela estrechar la mano del que piensa matar.

—Yo no, ¿y usted?

—Tampoco. Necesito las dos manos.

Mei-Hsi sentóse frente a los dos hombres…

—¿Era Yuan Kang? —preguntó.

—Dos satélites: el mestizo holandés Bloeng y el cerdo escocés de MacCullam.

—No insulte a los cadáveres, Maloney —dijo Tresham riendo—. Eran blancos como usted y yo.

—Eran seres indignos de vivir. Explotaban la credulidad de los piratas chinos. Les hacían ser aún más salvajes de lo que son… Eran dos canallas…

—Pero no tan perfectos como yo, Maloney. Porque en vez de hablar por el megáfono, como ese imbécil de MacCullam, yo le hubiese disparado un par de ráfagas a su polvorín donde guarda usted sus «píldoras».

—Está blindado… y, además… usted tiene un gran interés en que llegué vivo a Shanghai su cuervo «Ross», ¿no?

—Exacto. Aunque con varios encuentros como el que hemos tenido, no sé si podré lograrlo.

—No se preocupe. Yo le ayudaré…

Consideró Mei-Hsi que, a veces, los europeos eran también incomprensibles al contemplar las carcajadas con las que Ross Maloney acogió su propia frase, mientras Malcolm Tresham, entrecerrados los párpados, se limitaba a reír silenciosamente.

CAPÍTULO VI

EL NÚMERO VEINTINUEVE

Toda la mañana dormitó Malcolm Tresham en el diván de la camareta. Ross Maloney siguió vigilante, oteando con sus anteojos la extensión liquida del Whangpu a proa del «Furia».

Cuando percibió la maciza silueta del cañonero británico «Dover», no se inquietó. Pensó, sinceramente, que si más abundasen aquellas fortalezas

flotantes, y los piratas chinos no fuesen tan fértiles en recurso y engaños, Yuan Kang vería disminuir su omnipotencia…

Cuando el «Dover» izó su gallardete anaranjado surcado por dos barras negras, Ross Maloney interpretó la orden de detención, sin que tampoco resintiera la menor inquietud.

Era lógico que en su servicio de vigilancia, quisiera comprobar el cañonero británico si el «Furia» era un velero pirata o un simple barco mercante.

Y enorgullecido de ser tan solo un capitán mercante con sus papeles en regla, dio Maloney orden de detener, siendo arriadas las velas, y echado un anclote…

Del cañonero se destacó una lancha ocupada por seis marineros y un oficial.

Poco después pasaba la cubierta un clásico ejemplar de marinero inglés. Pantalón corto, medias blancas arrollada bajo la rodilla, botas de piel de cerdo, camisa blanca de rígida tela cruzada por el correaje de la pistolera y el «salakoff» cuyo borde tocó saludando.

—Buenos días, oficial Sanders. Me llamo, Ross Maloney.

—¿Puedo examinar su documentación de carga?

—Oh, bueno, usted ya sabe cómo se comercia por el Gran Canal, oficial Sanders. Se compra, se paga y a otra cosa.

—Especifique la mercancía que lleva en estiba.

—La corriente. Algodón, arroz, sedas, opio… Lo corriente…

John Sanders miró fugazmente al americano. ¿Se estaba burlando de él?

—¿Pueden mis hombres comprobar su estiba?

—¡No faltaría más! Yo respeto las leyes. Soy un honrado comerciante.

Y quedó ya del todo aquietado Maloney. No venían a pedirle cuentas por el hundimiento de dos veleros piratas, cosa que tampoco le inquietaba excesivamente, ya que por la propia defensa de su velero ni la rígida ley británica podía acusarle de actos delictivos.

Cuatro marineros, fusil terciado, entraron en la cala. Volvieron a salir dos minutos después portando un fardo de pequeñas dimensiones.

John Sanders hurgó apartando las hojas de morera que envolvía le fardo aprisionado por cuerdas.

Volviéndose para encararse con Ross Maloney.

—Queda su barco incautado, Capitán Maloney.

—¿Eh? —exclamó Maloney, profundamente asombrado.

—Y usted detenido. Le ruego se sirva acompañarme a bordo del cañonero, donde será usted mi huésped hasta que en Shanghai le entregue el Tribunal de Mar.

—Pero… ¡oiga, hermano! ¿Esto es una broma, no?

—No acostumbro a bromear estando de servicio. Queda usted detenido y su barco incautado. No me obligue a tomar medidas más seria.

—Pero ¡cáscaras! ¿Qué he hecho yo?

—Contrabando.

—¿Yo contrabando? ¿De qué, demonio? Soy un pacífico comerciante.

—Eso es opio —dijo Sanders imperturbable, señalando el fardo que un marinero sostenía bajo el brazo.

—¡Claro que es opio! Ya se lo dije. Pero es comercio legal…

—¿Tiene licencia?

—¿Qué licencia?

—La concedida a los mercantes que transportan opio con fines medicinales, y cuya adquisición está patrocinada por los Institutos científicos de Shanghai.

—Me hace usted papilla, hermano —declaró abatido Maloney—. Yo no sabía que era precisa estas mojigangas… Creí que nada tenía de ilegal el comprar opio. Pero ¡cáscara! , si en Shanghai el opio abunda tanto como los cigarrillos y el chicle en mi tierra.

Por unos instantes examino Sanders el rostro de Maloney. Apreció que era sincero y sonrió levemente.

—Lo lamento, capitán Maloney. La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento. Le ruego me acompañe.

—Buenas días —saludó una voz a espaldas de Maloney.

Volvióse Maloney, enfrentándose con Malcolm Tresham, que rectificaba el ajuste de su solapa.

—Ese compatriota suyo que pretende que yo soy un contrabandista y me está invitando a que suba a su cañonera para llevarme a no sé qué tribunal, porque llevo opio. Yo no sabía que era ilegal, ¡cáscara!

—Permítame un momento —dijo Malcolm Tresham, avanzando un paso.

John Sanders estaba observando al recién llegado con curiosidad. Las dos cicatrices, el rostro achatado de monstruosa fealdad patibularia, el cráneo rapado completamente, el *smoking*…

—¿No puede esto arreglarse, señor? —preguntó el inglés.

El oficial denegó con la cabeza.

—¡Hombre! —exclamó Maloney—. Intente convencer a su compatriota que yo no soy culpable, porque lealmente ignoraba que eran preciso tantos cuentos para llevar opio a un lugar donde el opio se vende cómo los panecillos.

—Si me permite tener una conversación privada con el señor oficial quizá logre convencerle. Entre ingleses somos muy discretos. Hace tiempo que no tomo un «whisky» en compañía de un caballero oficial, que es, por tanto, un ser educado y decente. ¿Tendría inconveniente en que le acompañe a su bordo, señor oficial?

—¡No empiece con sus excentricidades! —protestó Maloney.

—Un caballero oficial no puede extrañarse si al día un compatriota suyo comete veintinueve excentricidades —y Tresham apoyó en la cifra.

—Como guste, señor —replicó Sanders—. Pero advierto al capitán Maloney que no creo que pueda remediar nada la intervención del caballero.

Le advierto también que no intente poner espacio entre su velero y mi barco o me vería obligado a cañonearle. ¡Queden a bordo!

Los cuatro soldados en posición de firmes con el fusil terciado, colocáronse en cuadro alrededor, de Maloney.

—Aprecio la finura —sonrió el Capitán Pantera—. Ustedes los ingleses hasta para ahorcar deben colocarse seguramente guantes blancos. Oiga, Tresham, a ver si logra convencer a su compatriota, mientras se soplan varios «whiskys» nostálgicos. Recuerde… que «Ross» ha de llegar vivo a Shanghai, ¿no?

—Procuraré hacer lo imposible —dijo Tresham, y partió tras el oficial.

Entraron ambos en la canoa, y sentados no se hablaron durante el trayecto.

Los dos marineros atracaron la canoa junto a la escalerilla del cañonero. Subió Sanders y tras él Malcolm Tresham.

En el camarote del oficial, éste abrió un mueble-licorera. Escanció «whisky» en dos altos vasos…

—Larga vida a su Graciosa Majestad —dijo Tresham.

Bebió Sanders tras asentir en muda cabezada.

—Citó usted una cifra, señor.. ¿Puede repetírmela?

—Veintinueve.

—Por su aspecto físico, creo que tengo en cierto libro una descripción de usted. La he recordado, porque es usted ligeramente identificable a simple vista. ¿Me permite?

Y a la vez que hablaban, John Sanders señaló una cajita amarilla que acababa de extraer de un cajón de la mesa despacho.

Malcolm Tresham levantóse la manga derecha del *smoking*. Abrió la cajita y quedó al descubierto un rectángulo-tampón.

Empapó su pulgar y su índice en el tampón, y aplicó ambas yemas mojadas en tinta sobre una cartulina que le tendía Sanders.

—Buen «whisky», señor oficial —comentó Tresham.

—Es «Old Scotch». Sírvase otro, hágame el favor. A mí no, gracias. Estoy en servicio y sólo puedo tomarme uno sin faltar al reglamento.

Dedicábase Sanders, mientras hablaba, a una curiosa maniobra. Con una lupa observaba las recientes huellas, comparándolas con otras impresas en un libro de cierre metálico, que había abierto con un llavín.

Dejó la lupa sobre la mesa, y cuadrándose quedó en la primera posición de saludo.

—A sus órdenes, comandante.

—Siéntese, Sanders —replicó Tresham haciéndolo él—. Su «whisky» me consuela de muchas cosas. Para terminar de congraciarme conmigo mismo, ¿quiere leerme la página veintinueve de su libro?

—Complacido, comandante —y el teniente Sanders, afirmó la voz, porque se consideraba en «acto de servicio».

> «Malcolm Tresham, número veintinueve, comandante honorario en méritos y recompensa por servicios especiales. Cabeza de grupo en la zona del Gran Canal. Se le prestará todo género de atenciones y ayuda, cuando queden comprobadas sus huellas. Físicamente: ojos pardos, cicatriz en pómulo y ceja del lado izquierdo. Cráneo permanentemente afeitado. Suele emplear indebidamente y a todas horas el *smoking*. Todo oficial británico que le encuentre en lugares públicos deberá manifestar su hondo desprecio hacia él, no ocultándose de hacer patente la vergüenza que supone aparentemente para Inglaterra el número veintinueve. Privadamente, todo oficial dará los máximos honores a uno de los mejores caballeros del Imperio Británico y su Intelligence Service.»

Cerró Sanders el libro. Malcolm Tresham sonrió.

—Todo eso lo sé de memoria, y debo repetírmelo con frecuencia para no olvidarlo, Sanders. Le agradezco su amable intención al no terminar de leer el contenido de la página veintinueve, pero le ordené, si no me engaño, que me leyese por entero lo que dice la página veintinueve.

—Perdón, comandante. He faltado a mi deber.

Y John Sanders afirmó la voz de nuevo para leer:

> «El pasado del número veintinueve no nos pertenece comentarlo. Si algún oficial tuviera noticias de que Malcolm Tresham es considerado por los chinos, en la zona del Gran Canal, como un asesino a sueldo, sepa tan sólo que las distintas muertes de que se acusa al número veintinueve, fueron contra sujetos británicos que merecían tal muerte por incalificables acciones contra su propia patria. Y el número veintinueve por su exterior físico y sus acciones disipadas ha sabido ganarse la confianza de cuantos elementos maleantes pululan en el hampa china. Den toda clase de facilidades al número veintinueve.»

—Ahora sí puede cerrar el libro, Sanders. Excelente «whisky».

—¿Puedo rogarle me honre llevándose una botella a bordo del velero que aguarda?

—No. Tanta amabilidad extrañaría al joven e ingenuo americano. Tengo que contarle una anécdota, Sanders. Un chino poderoso desea que yo le proporcione la ocasión de torturar a este joven americano. Debo conseguir la entera confianza de Yuan Kang. Por tanto, tengo que llevar incólume a Ross Maloney. Sin embargo, sin saberlo, el joven americano colabora con ustedes. Acaba de hundir dos veleros piratas a unas cincuentas millas al norte.

Y paladeó Malcolm Tresham su tercer «whisky».

—Usted me acompañará a bordo, Sanders. Sea duro y amoneste a Maloney. Dígale que dará parte a las autoridades. Oblíguele a echar al agua

sus fardos de opio. Dígale que por esta vez, y teniendo en cuenta que cree en su veracidad, le deja libre.

—Me ha parecido, salvo su mejor opinión, comandante, que el americano es leal y sincero.

—Opino también lo mismo, Sanders. Pero la ley es la ley —dijo sonriendo el numero veintinueve—. Cúmplala con menos rigidez, pero honestamente. Vamos. Y gracias por su «whisky». Me ha confortado.

Ross Maloney oyó la severa reprimenda de John Sanders sin manifestar su íntima protesta, al echar al agua los fardos de opio.

—Mil dólares que se me ahogan —murmuró apesadumbrado.

—Siempre preferible a que se pase usted tres meses en la cárcel y se le quite su licencia de capitán —dijo Sanders severamente—. No he tomado tal decisión, gracias a que su amigo logró convencerme de la real sinceridad e ignorancia de usted, capitán Maloney. Me dio su palabra de honor, y cuando un inglés da su palabra de honor no miente. Buenos días.

Al alejarse la canoa, Ross Maloney rascóse el mechón que sobresalía de su gorra.

—Tiene usted honor, Tresham —preguntó riendo.

—De treinta veces en que empleo la palabra «honor», solo una soy sincero, porque pienso que hay algo llamado honor, aunque yo no lo conozca.

—¿Y las otras veintinueve?

—Veintinueve… mentiras. Todo es mentira, Maloney. Solo hay una verdad. No quería que mi cuervo quedara incautado.

Ross Maloney colocó ambos puños en sus caderas.

—Oiga, Tresham. Le repito que no sé por qué instintivamente no le desprecio por entero. Le llaman el perfecto canalla.

—Ya sé. Y usted cree que hay algo bueno en mí. Bien, ¿Qué más?

—¿Juguemos cartas boca arriba?

—No. Desde muy joven hago trampa y de eso vivo. No me haga variar de método.

—Escuche. Yo sé lo que usted pretende.

—¿Sí? Sabe más que yo. Porque en mi vida he sabido lo que yo mismo le pedía a la vida.

—No me aturulle con su filosofía. Me ha hecho usted dos grandes favores. Con la ametralladora ha evitado que cayeran hombres míos. Y ahora, gracias al condenado sentido de solidaridad que tiene ustedes, puedo seguir mi ruta a Shanghai. Pero… no me hable más del cuervo «Ross», ¿me oye? La próxima vez que cite al traidorzuelo cuervo «Ross» le parto a usted las muelas. ¿Está claro?

—Francamente, yo creo que sí. ¿Es usted de la Sociedad Protectora de Animales?

—Seguro. Por eso no quiero matarle a usted, ¡so canalla! Alíese con todos los chinos que quiera, pero a mí —y golpeándose el pecho Maloney— déjeme en paz y cuando a Shanghai no intente la menor jugarreta, porque le

descalabraré. Odio la deslealtad y por eso le aviso. ¿Está claro?

—Francamente, sí. Deduzco que usted me tiene cierta prevención razonable. Recuerde el cantar. No se debe confiar en nadie. Hace bien.

—Usted es demasiado inteligente para que yo le comprenda, Tresham. Pero en Shanghai apártese de los lugares por donde yo esté.

—Tomaré en cuenta su aviso.

Se disponía a alejarse Maloney cuando volvióse al silbar tenuemente el «hombre del *smoking*».

—Oiga, capitán. ¿Persiste en cobrarme ciento veinticinco dólares por una travesía tan agitada?

Maloney furioso contra sí mismo por la sonrisa que asomaba a sus propios labios, arrugó varios billetes que tiró al inglés, que los recogió en el aire.

—Faltan treinta. Me da usted tan sólo noventa y cinco…

—¡Que el diablo cargue con usted, cáscaras! ¿Y las balas que me gastó con la ametralladora?

Alejóse riendo el americano… Malcolm Tresham entrecerró los párpados. ¡Lástima que para asegurarse la confianza del poderoso Yuan Kang tuviera que entregar a aquel imberbe y leal muchacho!

Encendió un cigarrillo y en su mente se formularon cuatro palabras:

—«Todo por el servicio.»

CAPÍTULO VII

REUNIONES FRATERNALES

El «Furia» siguió su descenso por el curso del Yang-Tsé hasta embocar la silueta de la capital del Gran Canal, sin nuevos incidentes.

Malcolm Tresham no había vuelto a hablar con Ross Maloney, que para evitar su compañía, comió a horas distintas.

Y poco después del mediodía, el «Furia» se inmovilizó en el muelle comercial, atestado de toda clase de embarcaciones.

Malcolm Tresham se detuvo en la cercanía de la escalerilla. Llevaba la jaula con extremados cuidados cuando pasó delante de Ross Maloney.

—Me entraña que un criminal como usted tenga alma de payaso —rezongó el americano.

—Según la vulgar opinión de las crédulas masas, los payasos son los que ríen por fuera y lloran por dentro, ¿no? Le deseo todo género de agradables sorpresas en Shanghai, capitán Maloney.

—Dentro de unas horas, terminada la faena, bajaré a tierra, Tresham. Ha dejado ya de entretenerme. Se lo advierto lealmente. Donde le vea de ahora en

adelante, le «madrugaré», como dicen los mejicanos.

—Estuve en Méjico —confesó Tresham—. Bella tierra de mujeres con trenzas y sombreros campanudos. Creo que «madrugar» significa ganarle a uno por la mano, ¿no? Disparar antes…

—Eso es. Y ahora lárguese con viento fresco usted y su pajarraco.

Abrió Tresham la puerta da la jaula. El cuervo vaciló un momento. Por fin, lanzóse contra la abertura y tuvo Tresham que ayudarle para que lograra volar sin que sus alas quedaran sujetas por los barrotes de la puertecilla abierta.

Tiró la jaula al agua.

—Ya me cansé del cuervo, capitán Maloney. Al fin y al cabo he quedado convencido de que no es un animal traidor. Hasta la vista.

Ross Maloney no replicó, y siguió con la mirada al inglés hasta perderle de vista entre la multitud que pululaba por el muelle.

***

El «Ambassadors» era el hotel que en Shanghai todo el mundo conocía porque, recientemente edificado, tenía pretensiones de rascacielos.

Quince pisos que se destacaban entre los demás edificios de la populosa urbe cosmopolita.

En el último piso, ocupaba Sandra Vronin dos habitaciones que tenían salida al ático-terraza, desde la que se dominaba toda la extensión de la ciudad.

Un individuo de rasgos mongólicos matizados de ciertas características europeas, vestido elegantemente con un traje de buen corte, repiqueteaba sobre el cristal de la mesita que le separaba de Sandra Vronin, mientras ésta hablaba…

—No lo olvides, Sancha. Tú eres Piotr Fedorovitch, mi querido hermano. Eres naturalista y has hallado un empleo en la Sociedad Geográfica. Hace seis años que no nos veíamos, y por fin, después de buscarte por Minghong y Suchow te hallé aquí en Shanghai.

—No lo olvidaré, Sandra. Pero ¿no se dará cuenta el americano que pretendes engañarlo?

—Es un ingenuo. Y recuerda que cuando hayamos conversado unos minutos, te levantarás diciendo que el trabajo te reclama. Hace ya más de tres horas que llegó el «Furia», y no ha de tardar en venir Ross Maloney.

—¿Es agente del «Intelligence»? —preguntó el soviético.

—No. Ni te importa.

—Lo preguntaba nada más que por saber si era por eso que Yuan Kang deseaba capturarlo. Yuan Kang ha sido mi triunfo. Es ya partidario nuestro, Sandra. Y supone un gran refuerzo para propagar nuestra política, ya que Yuan Kang dispone de gran poderío entre los amarillos.

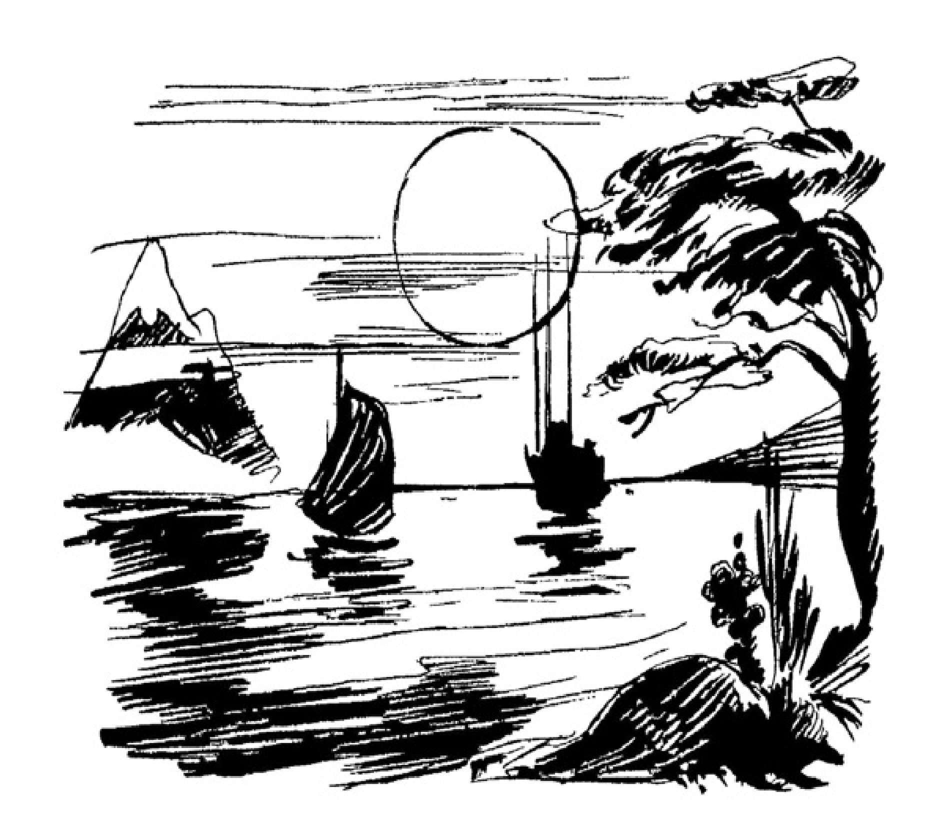
Extendiéronse ambos comunistas en consideraciones acerca del gran

apoyo que esperaban obtener de Yuan Kang, hasta que enmudecieron al oírse una llamada en la puerta.

Ross Maloney, portando una caja bien envuelta en papel «celofane», entró.

—Buenas tardes, Sandra. Para usted. Bombones de esos que dicen que son guindas de licor.

—¡Qué contento me produce el verle, Ross! —y alborozada levantóse Sandra para besar en la mejilla al marino—. Piotr, te presento a Ross Maloney, que se portó conmigo como un hermano.



El «Furia» siguió su descenso…

El ruso sonrió amablemente, tendiendo la diestra al americano, que la estrechó con fuerza.

—Vaya, ya era hora que dejara usted de jugar al escondite, Piotr —dijo Maloney con su habitual llaneza—. Tenía usted muy intranquila a su hermana.

El rostro de intelectual de Sancha esbozó una mueca de disculpa.

—De haberlo yo sabido, mi querida Sandra no habría viajado tanto tiempo tras mi pista. Pero por fin nos hemos encontrado. Me disculpará,

mister Maloney, pero tengo que volver a la Sociedad Geográfica. Me quedé aquí para tener el gusto de conocerle y en nombre de mi hermana agradecerle cuanto ha hecho por ella. Ahora debo volver a mi trabajo.

A solas con Maloney, Sandra Vronin abrió la caja, ofreciendo bombones al marino, que denegó.

—No, gracias. No pruebo licores ni siquiera envuelto en chocolate.

Sonrió ella mientras mordía delicadamente uno de los bombones.

—Recuerdo que me confesó usted que era abstemio. A lo más un jugo de naranjas o té, ¿no? ¿Qué prefiere? Dispongo de ambas bebidas.

—Un jugo de naranjas no me vendrá mal. Hace calor, pese a las ventanas abiertas.

Sandra reapareció portando un vaso a través de cuyo cristal empañado por el hielo, velase el colorido del jugo anaranjado.

Ross Maloney bebió de un sorbo la bebida helada. Chasqueó la lengua complacido.

—Eso refresca. Bien, ya he venido a saludarla. Tengo ahora que ir a visitar a Yuan Kang…

—Aguárdese unos minutos más, Ross. Apenas acaba de llegar y ya quiere abandonarme. ¿Quiere un consejo?

—De usted acepto todos los consejos, porque es usted una buena muchacha leal.

—No vaya a ver a Yuan Kang. Le matará. Es un ser sin escrúpulos, Un ser tan canalla como Malcolm Tresham, que en paz descanse.

—¿Que en paz descanse? ¿Se murió? —preguntó Maloney extrañado.

—Ah… pero, ¿no pelearon ustedes?

—Oiga…. hace calor, ¿verdad? —dijo Maloney, desabrochándose la blanca guerrera—. Me asfixio… Será falta de costumbre de andar vestido como una… una persona decente… La cabeza me… duele…

Intentó incorporarse, pero cayó de nuevo sentado. Todo giraba a su alrededor, y lo último que percibió antes de sumirse en la más profunda de las inconsciencias, fué la diabólica sonrisa de Sandra Vronin, que le miraba con mueca sarcástica que deformaba su rostro habitualmente indiferente y bello.

El fuerte narcótico vertido por Sandra Vronin en el jugo de naranja había efectuado su misión.

Inclinóse la rusa y reunió las dos muñecas de Maloney a sus espaldas, atándolas reciamente con un fino bramante.

Quedóse Maloney sentado, volcada la cabeza hacia atrás, caída la gorra de sus rodillas y extendidas las desmadejadas piernas.

—Tonto… —murmuró ella, mientras se acercaba al teléfono colocado encima de la mesita—. ¿Y por ti paga Yuan Kang treinta mil dólares? Si todos mis trabajos me costaran tan poco de cumplir, pronto sería yo rica.

—«Seremos», «seremos» ricos, Princesa Azul.

La inesperada frase hizo sobresaltarse a Sandra Vronin, que corrió hacia su bolso. Pero la misma voz repitió a sus espaldas:

—Un paso más… y sólo yo seré rico, Princesa Azul. Siéntate tranquilamente en el diván, bella eslava.

En el ático-terraza, Malcolm Tresham apoyado contra el umbral del ventanal abierto, tenía los brazos cruzados. Su mano diestra estaba hundida en su chaleco.

Sandra Vronin intentó una sonrisa, mientras se sentaba en el diván.

—Tú ganas, Malcolm. Quince mil para ti, quince mil para mí. Iba a telefonear a Yuan Kang.

—Hay tiempo. ¿Qué dosis le has dado al muchacho?

—Tardará aún una hora en recuperar el sentido. Créeme, te esperaba. Sabía que no te dejarías perder la ocasión…

—¿Si me esperabas, por qué brincaste como una gacela ametrallada cuando me oíste?

Y Malcolm Tresham vino a sentarse en el sillón junto al ocupado por el desvanecido Maloney y frente a Sandra Vronin.

—Fué tan inesperada tu voz…

—Llevo dos horas en el ático —dijo Tresham sonriendo con los labios y aumentada así la sonrisa eterna de su rostro horroroso—. Oí tus advertencias a Sacha. Celebro también que Yuan Kang comparta tu intención de transformar China en una sucursal de la U.R.S.S.

—¡Nos espiaste!

—Sí, como si yo fuera un vulgar espía como tú, Princesa Azul. Pero me falta aún mucho para igualarte. Dices que tenemos aún una hora antes que ese muchacho recupere el sentido. Tenemos, pues, tiempo de hablar antes de que llamemos por teléfono a Yuan Kang. ¿Puedo contarte una anécdota, Princesa Azul?

—Si quieres perder tiempo…

—Sí. Perder tiempo es un lujo que nos podemos permitir ahora, que ya hemos terminado la labor que nos encomendó Yuan Kang. Presta atención a mi anécdota. Hace más de cinco años, vivía en Kiew una familia llamada Vronin. Eran felices… Estalló la revolución y perecieron todos los Vronin menos Sandra.

Sandra Vronin contrajo las dos manos, pero siguió en silencio.

—Sandra era un encanto de mujercita. ferviente fanática del nuevo credo de la «miseria para todos». Quiso demostrar su adhesión al partido y para ello denunció el escondrijo donde se ocultaban los nobles Vronin. Les fusilaron a todos: Alexis Fedorovitch Vronin, tu padre, Natacha Fedorovna Libaya, tu tía, y Piotr Fedorovitch, tu hermano.

—Me sacrifiqué por el bien de mi patria.

—Me defraudas, Princesa Azul. Una vulgar asesina de lo más infame que existe, como tú, debería tener al menos el valor de reconocer sus monstruosas inclinaciones a la traición y a la deslealtad. Una mujer que envió a la muerte a su propia familia, tenía que vencerme en la labor de capturar a ese muchacho. Porque él también confió en tu lealtad fraternal. En fin, tregua a los reproches.

Déjame felicitarte, Sandra. Has logrado que los tres nos reunamos fraternalmente.

—¿Telefoneo a Yuan Kang? —dijo ella altivamente.

—Aguarda. Hoy estoy por contarte anécdotas. Tenemos tiempo sobrado.

—¿Cómo supiste quién yo era?

—A raíz de que Yuan Kang nos dió su venia para cazar al Capitán Pantera, quise informarme de quién eras tú. Poseo medios de información casi excelentes. Al menos, muy superiores a los tuyos y a los de Yuan Kang. ¿Por qué deseaste que yo descansara en paz, Sandra?

—Me temía que Maloney, enterado de quién eres, te matase.

—Nadie sabe quién soy, Sandra. Ni tú misma. ¿Te cuento la segunda anécdota? Yuan Kang habló de una ley del hampa. No traicionar al jefe ni al compañero. ¿La has cumplido?

Temblaron los labios de la eslava.

—Yo… no te traicioné, Malcolm.

—Conocí una vez a una mujer como tú, Sandra. No servía ni para mentir, porque era una viborilla traidorzuela. No había matado a su familia y, sin embargo, la aplasté…

—Los treinta mil dólares para ti, Malcolm. Reconozco que no me merezco ni un dólar. Tú has ganado.

—¿Qué más?

Insinuó ella una sonrisa provocativa.

—Me gustas. Malcolm, y estoy dispuesta a ser tu esclava, atenta a realizar el menor de tus deseos. Yo…

El gesto de Tresham fué casi imperceptible, pero la eslava avanzó las dos manos en gesto de repentino pavor…

—¡No! ¡No!… ¡Malcolm!

El silenciador amortiguó los dos disparos. Alcanzada en la frente y en el corazón, Sandra Vronin doblóse hacia delante…

Fríamente, Malcolm Tresham se puso en pie, y cogió en brazos a Sandra Vronin, cuyo cadáver colocó bajo la cama en la otra habitación.

Regresó a la sala, rectificando las almohadas que al estremecerse la Princesa Azul a efecto de los dos disparos, habían quedado mal colocadas en el diván.

Acercóse al teléfono, y marcó el número privado donde Yuan Kang aguardaba noticias de Ross Maloney.

Escuchó atentamente la frase-contraseña:

—«El Poderoso está desvelado.»

—«La Pantera quedó presa.»

Instantes después, la propia voz de Yuan Kang preguntaba:

—¿Quién habla?

—Malcolm Tresham.

—¿Dónde está?

—Sandra Vronin me ha cedido su habitación del «Ambassadors». Tengo

en mi compañía a Ross Maloney. Sandra Vronin ha sido llamada al interior del infierno asiático. No regresará en muchos días.

—¿Y Ross Maloney?

—Bajo los efectos de un activo narcótico. Está dormitando apaciblemente, manos atadas.

—Aguárdeme, Malcolm Tresham. Vengo en seguida.

—No olvide los treinta mil. Serán su tarjeta de visita.

CAPÍTULO VIII

VEINTINUEVE MIL DÓLARES

Yuan Kang repiqueteó, sin mostrar la impaciencia que le consumía, en la puerta del piso último del «Ambassadors»: las habitaciones numeradas 418.

Abrió el propio Malcolm Tresham, con la mano diestra hundida en su chaleco.

—¿Solo, Yuan Kang? Mejor. Enséñeme su tarjeta de visita.

Yuan Kang crispó los labios, pero viendo por la abertura de la puerta al desmayado Maloney, con las manos atadas a la espalda, sonrió.

—Déjeme entrar, Tresham. Traigo los treinta mil.

—Entonces, bienvenido.

Yuan Kang quedóse en silencio frente al Capitán Pantera.

—No hay error, ¿verdad? Esa es la mercancía que usted quería. Pague, pues, que yo ya he cumplido.

Lentamente extrajo Yuan Kang de su bolsillo una cartera.

—Cuente usted mismo —dijo tendiéndole la cartera a Malcolm Tresham.

El inglés cogió la cartera, hundiéndola en su bolsillo. Seguía con la diestra oculta en su chaleco de *smoking*.

—Conozco el truco, Yuan Kang. Mientras cuento podría usted sentir deseos de comprar mi silencio eternamente.

—Le creo excesivamente desconfiado, Tresham.

—Yo también lo creo, pero así sigo viviendo.

—¿Qué ocurrió con Sandra Vronin?

—La maté. Treinta mil entre dos era poco dinero.

—¿Se ofenderá si le conceptúo el peor canalla que nunca ví?

—Lo estimo una alabanza procediendo de usted, el peor de los canallas.

—No me gusta que me insulten, *mister* Tresham.

—A mí sí. A mí me encanta. ¿Usted conocía la verídica historia de Sandra Vronin?

—Ya lo dije delante de usted. Era una agente soviética.

—Tengo entendido que denunció a su familia. Eso casi me habría hecho

perdonarla porque yo también soy partidario de la tesis moscovita. Pero había de por medio los treinta mil.

—Me interesa, Tresham. Un individuo como usted puede serme muy útil. Se lo digo con entera franqueza. ¿No quiere sustituir a Sandra?

—¿Sufre usted de la vista? Comprenda que yo no tengo nada de sirena seductora.

—Supera por mucho la inteligencia de Sandra. Ella ganaba mil dólares al mes para propagar la teoría soviética. ¿Desea ganarse esos mil dólares?

—Lo discutiremos luego, Yuan Kang. Pero ¿por qué desea usted propagar una teoría que le va a dejar sin sus barcos, sus almacenes y su poderío? Tenga presente que para un ruso es usted un burgués capitalista.

—Cuando ellos triunfen también en Asia, yo ocuparé un alto cargo. Y usted podría llegar a ser mi secretario. Necesito… un asesino de su calibre, Tresham.

—Gracias. De momento ocúpese de Ross Maloney. ¿Cómo piensa trasladarlo a su cuarto de suplicios?

—Esperaremos a que sé reanime. Hablaré un poco con él, y después bastará un pinchazo de morfina… Por la noche, vendré a buscarlo en mi coche, y usted fingirá que Maloney está embriagado…

—De acuerdo.

Fríamente acercóse el inglés a Maloney aplicándole un seco bofetón mientras la alzaba la gorra caída sobre los ojos.

Pestañeó el americano, y al fin sus ojos se posaron en el semblante de Yuan Kang.

—Buenas tardes, mi joven amigo —rechinó Yuan Kang, exhibiendo los dientes—. Tarde o temprano quien traiciona, paga sus culpas. Te olvidaste que entre los hampones como tú hay una ley que debe respetarse: la de ser fiel al jefe.

—¿Tú te pretendes un jefe, gordo macaco?

Yuan Kang, pese a su corpulencia, era un individuo dotado de gran agilidad. Dió unos pasos y su diestra cruzó a ambos carrillos el rostro de Ross Maloney.

Malcolm Tresham silbó unos compases de "La Muerte del Cisne"…

Ross Maloney mordióse los labios, silabeando después con dureza:

—Por más golpes que me des, Yuan Kang, no podrás evitar el ser un gordo simio amarillo henchido de vanidad y mala fé. Un jefe de asesinos, como ese que nos escucha; un sapo traidor que invoca en falso una ley que no existe, puesto que eres el primero en traicionarla.

—Me robaste el «Furia», y por ese robo te quemarán las plantas de los pies.

—Del primero al último de los macacos que estaban a mis órdenes en el «Furia» acataron mi mando porque no querían ya servirte a ti, Yuan Kang, porque sabían que encargaste a Tcheng que me asesinase.

—Por haber rebelado contra mí a hombres que me eran adictos, te haré

cortar la lengua.

—Tengo mucho cuerpo y puedes hacer conmigo cuantas carnicerías quieras, sapo presuntuoso. Pero algún día también contigo harán florituras. Porque quien como tú traiciona a los que confían en él, halla su castigo.

—Hágale callar, Tresham —ordenó Yuan Kang—. A la traición este hombre añade la mentira más cobarde.

Malcolm Tresham se aproximó a Ross Maloney… Saltó de lado para evitar el doble puntapié que asestó el marino. Y dando un rodeo vino a sujetarle por las manos atadas…

Forcejeó Maloney, pero el inglés poseía también unos músculos ejercitados. Quedóse Maloney repentinamente inmóvil…

—¿No pensaba darle una inyección? —preguntó Tresham desde el respaldo del sillón en que se sentaba Maloney. Creo que sería hora, a menos que quiera seguir oyendo las mentiras de ese cobarde calumniador.

—La venganza es un plato que debe comerse frío —sonrió Yuan Kang—. Mi joven amigo ha de oír aún algunas cosas que seguramente le agradarán. Para amenizarte los pensamientos, quiero que sepas que hace dos meses el mejor de mis verdugos experimenta para lograr las torturas más artísticas. Y puedo afirmarte que su arte te hará gritar de entusiasmo.

—Seguro —sonrió Maloney—. ¿Por qué no «berreas» tú un poco a ver qué tal lo haces?

—El entusiasmo que me produce el tenerte a mi merced, es íntimo.

—Con la misma intimidad, te diré que el velero "Kopei" está pudriéndose bajo el agua con Agnus MacCullam y su horda de criminales.

Yuan Kang avanzó, pero las largas piernas de Maloney describieron un círculo pataleante. El chino retrocedió, crispando los puños.

—Y el velero «Suaranghi» con su mestizo Bloeng, le hace compañía al "Kopei" para que no se aburra. A los dos les hice saltar en pedazos, pero sin torturarlos, sapo. Me bastó con quitarlos del mapa.

—Acrecientas tu deuda, imprudente fanfarrón —murmuró congestionado Yuan Kang.

—¡Añádete a la lista!

Y a la vez que gritaba su aviso, Ross Maloney lanzóse hacia adelante en "plongeón" de nadador que se zambulle en una piscina.

Sus brazos rodearon la cintura de Yuan Kang aprisionándole los brazos…

Malcolm Tresham silbó suavemente el aria «Adiós a la vida» de la ópera Tosca.

Yuan Kang con desesperada energía pugnó por libertarse asestando rodillazos. Pero la presa era férrea, y cayó de espaldas…

Ross Maloney saltó en pie agarrando por las dos muñecas al derribado chino. Lo atrajo hacia sí hundiéndole la cabeza en la garganta…

Gorgoteó el chino. Y por espacio de varios minutos, Malcolm Tresham continuó silbando. mientras observaba críticamente la brutal y espeluznante paliza que Ross Maloney le aplicaba a Yuan Kang.

Cada vez que el chino caía al suelo de resultas de uno de los feroces puñetazos de Ross Maloney, éste lo recogía por la desgarrada americana y poniéndolo en pie, volvía a zarandearlo a puñetazos llevándolo de un lado a otro de la habitación.

El rostro del amarillo quedó convertido en una masa pulposa. Como final desahogo de su furia combativa, Ross Maloney cogió a Yuan Kang por un tobillo y un brazo y empezó a darle vueltas a ras del suelo, girando sobre sí mismo.

Levantó los dos brazos soltando el cuerpo del chino, y Yuan Kang fué a estrellarse contra la repisa de la chimenea.

Quedó tendido en el suelo, boca abajo…

Ross Maloney aspiró hondamente y fué calmándose…

—¿Por qué me cortó las amarras, Tresham? —preguntó dejándose caer sentado y secándose el sudor.

—Había ya cumplido lo prometido. Traje el animal vivo.

—Es usted un sujeto misterioso, Tresham. Creo que le debo la vida. Sin usted ese sapo me hubiera convertido en un embutido.

—¿Puedo invitarle a un jugo de naranjas sin narcótico en cualquier bar? El «Batik» por ejemplo. Le aconsejo que nos retiremos por la escalerilla de incendios. Está protegida a toda mirada indiscreta y es por donde ascendí.

—Bien. Ya volveré a visitar a Yuan Kang. Ahora tal como esta no puedo matarle. Quiero que se defienda. Eso no ha sido más que un poco de ejercicio preliminar y como aviso. ¿Y Sandra? —preguntó levantándose con el ceño fruncido.

—Se marchó al interior del infierno asiático. Vámonos, Capitán Pantera.

—¿Por qué tantas prisas?

—A Yuan suelen acompañarle siempre algunos pistoleros. Si tarda más de la cuenta vendrán a buscarle. Y como ejercicio, por hoy ya está bien.

Dirigióse Maloney hacia la terraza después de recoger su gorra.

Malcolm Tresham se inclinó sobre el caído Yuan Kang. Le tocó el tórax…

Desde la terraza volvióse Maloney.

—¿Qué hace usted?

—Impedirle que le desvalije otro.

Cuando bajaban por la escalerilla murmuró Maloney.

—Me hace el efecto de que es usted medio canalla y medio caballero.

—Nada a medias, Maloney. Le di un bofetón ¿no lo recuerda?

—Sí. Fué lo que me despertó.

—Era mi advertencia para que en lo futuro desconfíe de toda mujer. Usted luchando será invencible, pero si confía en los ojos azules y cándidos de cualquier mujer, siempre llevará las de perder.

—Descuide, amigo. La lección me la he aprendido. Y es la segunda vez que me pasa lo mismo.

Estaban ya en el patio posterior del hotel, y salieron a la calle.

—¿La segunda vez? —inquirió Tresham andando junto al marino.

—¿Dónde está el «Batik»?

—Nos faltan pocos pasos. Allí conocí a Sandra Vronin. Era una hermosa mujer.

—¿Era? Seguirá siéndolo para mal de muchos cretinos como yo que confíen en ella. Si estuviera delante mío… ¡no sé qué haría! Porque pegar a una mujer es una canallada.

—Cierto. Y usted tiene demasiados escrúpulos.

Entraron en el «Batik». Un camarero solicito vino a su encuentro.

—¿Una mesita tranquila, *mister* Tresham?

—Tú mismo la elegirás, Bob. ¿Te debo algún dinero?

—Cincuenta y cinco dólares, *mister* Tresham. Me los pidió la noche en que conoció a la Princesa Azul.

Malcolm Tresham al sentarse en una mesa que ocupaba el rincón más apartado de la sala de té, extrajo de su bolsillo una cartera abultada.

Introdujo en el bolsillo superior de la blanca chaqueta de Bob un billete de cien dólares.

—Guarda el cambio, muchacho.

—¿Le han ido bien los negocios, *mister* Tresham?

—Te he advertido varias veces que estas familiaridades te perjudican. El dueño te reprochará que me manifiestes amistad. Trae jugo de naranjas y un «whisky».

Marchóse el camarero. Malcolm Tresham fué contando el contenido de la cartera. Silbó unos compases del «Sueño de una noche de verano».

—Era fiel a su palabra aparentemente Yuan Kang. Están cabales los treinta mil.

—Siempre tiene usted la manía de hablar en pasado, Tresham. «Era» fiel a su palabra es una gran mentira. Yuan Kang es un traidor.

—Era… Usted lo ha matado, Capitán Pantera.

—¿Eh? No bromee con esas cosas. Yo me limité a darle un vapuleo.

—Pero Yuan Kang era estúpido y fué a chocar con la base del cráneo contra el afilado reborde de la repisa de la chimenea. Le palpé el corazón y por fortuna había cesado de latir.

Ross Maloney cogióse la cabeza entre las manos y quedó en silencio unos instantes…

—Bueno. ¡Qué lo vamos a hacer! Es tarde ya para que me arrepienta. Con la muerte de Yuan Kang muchas madres respirarán tranquilas.

Colocó Tresham un billete de mil delante de Maloney.

—Es suyo, Capitán Pantera. Porque sin usted yo no habría podido ganarme treinta mil dólares. Y como la cifra veintinueve es mi predilecta, le pago a usted el opio que tuvo que ahogar por culpa de un compatriota mío.

El camarero vino a depositar sobre la mesa el jugo de naranjas y el whisky. Ross Maloney introdujo en el bolsillo superior de la blanca chaqueta el billete que acababa de entregarle Tresham.

Bob bizqueó en el colmo del estupor.

—Cóbrate, muchacho —advirtió Maloney—. Y el resto consérvalo a disposición de *mister* Tresham para cuando te «sablee».

Sonrió Bob e hizo una reverencia, guiñándole un ojo a Malcolm Tresham.

—Vete, Bob —dijo Tresham—. Tienes familiaridades que te harán perder el empleo, porque tu patrón me desprecia.

Alejóse el camarero, y Ross Maloney bebió el jugo de naranjas. Secóse la boca con el dorso de la mano.

—Escuche, Tresham. Será meterme en camisa de once varas, pero ¿por qué no intenta cambiar de vida? Con veintinueve mil dólares puede emprender un negocio honesto.

—Tengo ya cuarenta y cinco años. Y no voy a cambiar de costumbres.

Dos individuos vestidos impecablemente se sentaron en la mesa vecina del concurrido salón. Rígidos, intercambiaron una mirada al fijarse en Malcolm Tresham.

—¡Mozo! —llamó uno de ellos.

Acudió Bob presuroso. Uno de los recién llegado, rubio y rubicundo, con todas las trazas del oficinista o alto empleado inglés, señaló las consumiciones que estaban sobre la mesa.

—Búsquenos otro lugar —dijo el inglés—. Hay vecindades molestas que la gerencia de un local como el «Batik» no debería consentir.

Su compañero miró significativamente a Malcolm Tresham con hondo desprecio, antes de que ambos se alejaran.

Ross Maloney enrojeció, mientras Malcolm Tresham bebía lentamente un sorbo de «whisky».

—Cambie de vida, Tresham. ¿No le sofoca de indignación y vergüenza que sus propios paisanos le huyan como un apestado?

—Digiero perfectamente, Capitán Pantera. Tengo una epidermis digna de un rinoceronte y me conmueve su afán de querer regenerar mi degradada existencia.

—¡Váyase al diablo, cáscaras! —rezongó airado Maloney—. Es usted de un cinismo increíble y nauseabundo. Y para evitar que nos peleemos, dígame ¿por qué me cortó las ligaduras?

—Porque Yuan Kang era un embustero traidor. Y además, le voy a contar una anécdota.

—¿Ya estamos con anécdotas?

—Son instructivas, aunque no las comprenda. Yo tenía un amigo, muy buen muchacho, como usted, leal, sincero e ingenuo. Era periodista y por defender a unos nobles rusos lo mataron en Petrogrado. Desde entonces les guardo cierto renconcillo a los sovietófilos. Y Yuan Kang habíase afiliado al partido comunista. No podía yo permitir que con su influencia en el Gran Canal, incendiara la tea comunista en Asia.

—Ya. Bien; puesto que está dispuesto a contarme anécdotas, ¿puede narrarme alguna a propósito de Sandra Vronin?

—Era una mujerzuela despreciable. La encontrarán muerta cerca del cadáver de Yuan Kang. Al menos en la misma habitación. Las imaginaciones se echarán a inventar cábalas…

Levantóse Ross Maloney con gesto asqueado.

—¿La mató usted, Tresham?

—Sí.

—¿Se da cuenta de que es un asesino?

—Tengo la suficiente inteligencia para comprender que tiene usted razón.

—Le debo la vida, Tresham. Por eso no le sacudo a usted una paliza semejante a la que le administré a Yuan Kang.

—Gracias por su magnanimidad.

—No debería yo decirlo, Tresham. Pero es que me desconcierta usted, ¡cáscaras! Buena suerte.

—Igualmente le digo, Capitán Pantera. ¿Piensa seguir traficando en opio?

—No. Seguiré siendo un honrado comerciante.

—Me temo que no podrá.

—¿Por qué? Un hombre es siempre aquello que quiere ser. Basta con tener voluntad y tesón.

—Yuan Kang tiene una hija. Posee un gran encanto y casi, casi la misma inteligencia que yo.

—Bueno, ¿y qué?

—La auguro que la hija de Yuan Kang le cazará a usted, Maloney.

—Es asunto mío y no de usted ¿verdad? Y además yo no soy un asesino de mujeres. No debería echárselo en cara, porque seguramente si Sandra está muerta es porque yo estoy vivo. Pero… no puedo ser su amigo, Tresham.

—Lo siento. Buena suerte, Capitán Pantera.

Ross Maloney miró por unos segundos a Malcolm Tresham. Bruscamente se encasquetó al gorra y abandonó el salón de té.

Bob acudió presuroso junto a Malcolm Tresham.

—Buen negocio, *mister* Tresham. ¿Enredó usted al joven marino?

—Creo que sí. Hay muchos ingleses en el «Batik», Bob. Tendré que despejar la sala. Sírveles a todos un «whisky». Pago yo.

—No tire usted el dinero, *mister* Tresham. Y… el patrón se enfadará si cumplo lo que usted me manda.

—Obedece, gusano. Yo pago.

A medida que Bob iba llevando «whiskies» a distintas mesas, inclinándose para murmurar algo, los «invitados» abandonaban la sala…

Malcolm Tresham silbaba el *fox* «Las comadres puritanas».

El dueño del «Batik» vino nerviosamente a saludar a Malcolm Tresham.

—Buenas tardes, *mister* Tresham. Siento tener que comunicarle que le ruego no cometa más excentricidades en mi local, o me veré obligado con harto sentimiento a vedarle la entrada en lo futuro. Mi clientela es distinguida y… alternar con usted les causa… molestia.

—Alterne usted conmigo, viejo. Nos beberemos el establecimiento entre

usted y yo. Tengo entendido que buscaba usted un socio capitalista. ¿Cuántos dólares necesita?

—No bromee, *mister* Tresham. Estoy algo apurado, y confieso que un socio con veinticinco mil dólares…

—No quiero más ingleses en este establecimiento. Traiga papel sellado y fírmeme un recibo por valor de veintinueve mil dólares. Usted no se fía de mí, ¿verdad?. Yo tampoco.

—No bromee, *mister* Tresham. Atienda a…

Hizo Tresham un abanico con los billetes de la cartera de Yuan Kang.

—Apresúrese antes que me arrepienta. Me han aconsejado un negocio honesto. Intentaremos complacer al Capitán Pantera.

***

Ross Maloney sentado en el borde de la pasarela del «Furia» estaba sumido en sus pensamientos…

—Tian pregunta cuáles son tus órdenes —dijo Mei-Hsi apareciendo junto a él.

—Rumbo a Hanchow. Y tú qué sabes tantas cosas, almendrita ¿por qué demonio un canalla me inspira afecto? ¿Puedes explicarme el motivo?

—Nuestros sentimientos más oscuros no se pueden razonar, Capitán Pantera. El alma humana es muy complicada…

—Seguro —rezongó Maloney poniéndose en pie indolentemente—. Con lo bien que se viviría si todos fueran seres normales como yo. Prepárame un jugo de naranjas, palomita… y no me eches narcótico. ¿No me comprendes? Mejor. Yo tampoco comprendo muchas cosas y me aguanto.

Mei-Hsi marchóse a la camareta. Ross Maloney quedóse contemplando la misteriosa ciudad… Pero pensaba en la hija de Yuan Kang.